

**CANTAVELLA, Juan, y SERRANO, José Francisco** (coords.), 2007: *Redacción para periodistas: opinar y argumentar*. Madrid, Editorial Universitas, 328 págs.

Hace ahora cuatro años (véase *Estudios sobre el mensaje periodístico*, nº 11/2005), se publicó la que podemos considerar primera parte de una obra conjunta. Ambos volúmenes dan forma a este utilísimo **reader-book** coordinado por los profesores Juan Cantavella y José Fco. Serrano, de la Universidad CEU-San Pablo de Madrid. Aquel primer libro se tituló *Redacción para periodistas: informar e interpretar* (2004) y también estuvo promovido y editado por los mismos responsables que se han hecho cargo de esta segunda parte. Entre ambos tomos queda pedagógicamente atendido el campo temático encomendado en los centros universitarios españoles a la asignatura denominada tradicionalmente “Redacción Periodística” o “Análisis del mensaje periodístico”. Esta disciplina se desarrolla a lo largo de dos o más cursos y está centrada, desde hace más de tres cuartos de siglo, en el estudio de los mensajes informativos, interpretativos y de opinión que utilizan como canales para su difusión los medios de comunicación de masas.

De lo dicho se deduce claramente que ambos volúmenes han nacido con una intención didáctica, y, para ser mas precisos, con el propósito de convertirse en un manual de clase que sirva tanto para la orientación temática y metodológica de los profesores, como para una cómoda y segura documentación de los alumnos a la hora de preparar respuestas a los contenidos de los programas universitarios. Lo que hace diferente estos textos de los habituales manuales de clase es que su autoría no corresponde a un solo profesor responsable de impartir estas materias, sino que ha sido elaborado por un prestigioso elenco de docentes pertenecientes a centros universitarios españoles en los que se puede cursar los estudios de Periodismo, Comunicación o Ciencias de la Información. Efectivamente, este rasgo es menos habitual en los libros de texto. Y como consecuencia inmediata de este dato, tenemos en este caso que este libro no es propiamente un *reader* (es decir, un conjunto de ensayos para ampliar los conocimientos básicos sobre una determinada materia y redactados por autores diversos) ni tampoco un verdadero *texto-guía* (es decir, un libro de estudio obligado como primera consulta para el adecuado y elemental seguimiento de un programa y redactado normalmente por un solo autor). Pero esta indefinición no supone pérdida de calidad en el producto. Al contrario: estos rasgos peculiares hacen que este libro sea de gran utilidad no sólo para los estudiantes interesados en adquirir conocimientos esenciales sobre las cuestiones abordadas, sino también para profesores e investigadores especializados en temas periodísticos.

*Redacción para periodistas: opinar y argumentar* está integrado por diez capítulos de los cuales se han ocupado nueve diferentes autores. (El coordinador Juan Cantavella es el único profesor que repite tema). Y en esta relación de autores hay que registrar firmas universitarias tan prestigiosas como Luis Núñez Ladevéze, María Jesús Casals, María José Pou Amérigo, Xosé López, etc., además del citado prof.

Cantavella. La lista de centros universitarios aquí presentes es también un sólido aval para el texto: Universidad Complutense de Madrid, Universidad CEU San Pablo (Madrid), Universidad Católica San Antonio (Murcia), Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia), Universidad Carlos III (Madrid), Universidad Pontificia de Salamanca, Universidad Francisco de Vitoria (Madrid) y Universidad de Santiago de Compostela.

Estos diez capítulos responden a dos diferentes categorías de productos científicos: un primer bloque está integrado por dos trabajos que podemos considerar como analítico-teóricos, mientras que los otros ocho artículos deben ser valorados como trabajos expositivo-prácticos. Los dos primeros tienen como autores a los profesores Luis Núñez Ladevéze (“Los géneros periodísticos y la opinión”) y María Jesús Casals Carro (“Retórica y argumentación: el poder de la inteligencia discursiva”). A continuación de estos trabajos, que tienen un indudable carácter de textos generalistas y funcionan al modo de una introducción, el resto de los capítulos se centran ya en aspectos muy concretos claramente vinculados a técnicas particulares de la Redacción Periodística: el editorial, el suelto, el artículo de opinión o comentario, la columna, las críticas sobre asuntos culturales, y la tertulia, para rematar el esquema con dos interesantes ensayos sobre las características peculiares de estos géneros y subgéneros periodísticos cuando utilizan como canales los medios audiovisuales o la internet.

Arranca el libro con los dos sugerentes trabajos anteriormente indicados. El primero, debido a la pluma del prof. Núñez Ladevéze, nos ofrece una valiosa reflexión sobre la distinción entre información y opinión, abordada aquí con un deliberado ánimo filosófico, con especial énfasis en el segundo de los dos conceptos, la opinión. A partir de un enfoque próximo a la Filosofía del Lenguaje, muy presente en anteriores textos de este autor, Núñez Ladevéze explica que la intención de su comentario es la de suministrar “el utillaje conceptual adecuado que sirva de punto de partida para un tratamiento futuro más completo y sistemático”. Asume que el tema de la distinción entre ambos elementos es profundamente complejo y complicado, a pesar de presentarse como un asunto aparentemente simple. “Y aunque no puedo presumir que lo que diga aquí pueda ser más claro que lo dicho antes por otros, ese es mi propósito en esta introducción”. Afirma que estamos ante un asunto que no es meramente periodístico, sino estrictamente filosófico, que a veces es tratado con demasiado simpleza por los periodistas. El resultado de su reflexión personal será discutible para algunos de sus lectores y a otros les parecerá ligeramente tocado de un punto de adanismo, pero hay que agradecer a su autor la valentía y profundidad con que ha querido participar en el debate sobre la distinción información-opinión en Periodismo.

La profesora María Jesús Casals (“Retórica y argumentación: el poder de la inteligencia discursiva”) también nos ofrece un ensayo que desborda por arriba -es decir, por su altura científica- el nivel de los trabajos habituales dentro del campo de la Redacción Periodística. Mientras el enfoque metodológico de estos trabajos responde al modelo propio de las ciencias sociales -Lingüística comparada,

Sociología, Historia...-, la profesora Casals gusta de elevarse a terrenos filosóficos muy propios de las Humanidades. Sigue así una línea de investigación que ya inició en los capítulos elaborados por ella en el libro conjunto que presentó con la profesora Luisa Santamaría, *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión* (2000). Unos años después, María Jesús Casals irrumpió de modo brillantísimo con *Periodismo y sentido de la realidad. Teoría y análisis de la narrativa periodística* (2005), uno de los libros más lúcidos y clarificadores que se han editado en España acerca de los tópicos obligados en el campo de la comunicación periodística: lenguaje, relación entre medios y realidad, y procesos y elementos presentes en la narrativa periodística. El enfoque metodológico de estos libros anteriores se prolonga ahora en el capítulo 2 de *Redacción para periodistas: opinar y argumentar*. Incluso están aquí recogidos de modo sintético temas y asuntos que ya habían sido tratados con mayor extensión en uno u otro de los dos libros anteriores, como el método retórico o la retórica argumentativa. De todas formas, leer a María Jesús Casals es siempre una apasionante aventura intelectual por los horizontes y perspectivas innovadoras que ofrece en sus páginas a los lectores ya iniciados en estos terrenos intelectuales.

Dentro del segundo bloque, el de los trabajos expositivo-prácticos, más extenso y con una presencia más numerosa de autores, hay también un mayor contraste de calidad y de originalidad en los capítulos que se ofrecen. Desde el punto de vista de la originalidad es destacable el último, de Xosé López, dedicado a “La opinión en Internet”. Aunque recientemente han ido apareciendo algunos trabajos sobre redacción de textos para este nuevo canal difusor, lo cierto es que entre nosotros todavía resulta escasa la literatura especializada acerca de estas cuestiones. También es elogiable desde el punto de vista de su oportunidad, por los aún pocos trabajos existentes sobre esta materia, el capítulo de Gabriel Sánchez dedicado a la opinión en los medios audiovisuales (radio y televisión). El capítulo de Chelo Sánchez Serrano sobre las tertulias radiofónicas y televisivas también aporta un alto grado de originalidad y resulta sumamente oportuno en los momentos actuales del periodismo audiovisual en España.

Otros trabajos altamente prácticos y didácticos son los firmados por Enrique Arroyas y Gobantes (el editorial), los dos de Juan Cantavella (el artículo de opinión y los artículos de crítica sobre obras artísticas) y José María Sanmartí (la columna). María José Pou Amérigo es la responsable de un capítulo que me ha parecido especialmente inteligente y penetrante: “La creatividad en la opinión del medio: el suelto y los nuevos formatos para Internet”. La docente valenciana ha tenido la perspicacia de encontrar el hilo conductor que comunica los formatos de unos textos tan aparentemente contrarios entre sí, por lo menos por razón de los canales utilizados, como son los sueltos del periodismo escrito y las weblogs de la Red.

Me ha llamado finalmente la atención un lapsus documental cometido por más de un autor y detectable en diferentes páginas de este libro. Véase, por ejemplo, y como ilustración del error, las páginas 9, 118, 119, 198, 203 y 213. El fallo a que me refiero

se localiza en las citas que algunos autores hacen de la obra *Periodismo de opinión* (1984), de Juan Gutiérrez Palacio, atribuyendo a este autor determinados juicios sobre diferentes cuestiones. Quien haya consultado este libro con algún detenimiento sabe con claridad que, en este texto, el prof. Gutiérrez Palacio no afirma ni niega nada, no emite juicio valorativo alguno acerca de ningún tema. Este libro es una inteligente antología de textos publicados por un gran número de autores españoles y extranjeros, citas muy rigurosamente estructuradas en siete bloques temáticos que abarcan todo el campo necesario para elaborar una teoría sobre el periodismo de opinión. Y así, por ejemplo, la clasificación de las columnas adjudicada aquí a Juan Gutiérrez (páginas 213 y 214) en realidad es una clasificación que corresponde a F. Fraser Bond y está recogida en su *Introducción al periodismo*.

En resumen, esta segunda parte de la *Redacción para periodistas* es un libro que responde plenamente al propósito para el que fue concebido: convertirse en un excelente manual de clase para los numerosos alumnos de los centros universitarios de Periodismo tanto españoles como iberoamericanos. Por otra parte, y como mérito añadido, hay que decir que sus coordinadores han conseguido equilibrar todo el peso propio de un texto práctico y de síntesis con la inclusión de dos sugerentes trabajos de investigación de corte teórico-especulativo. Sólo me cabe desear a este libro una buena acogida entre los públicos para los cuales ha sido proyectado y llevado a feliz término.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

**CEBRIÁN HERREROS, Mariano**, 2007: *Modelos de radio, desarrollos e innovaciones: del diálogo y participación a la interactividad*. Madrid, Fragua, 318 págs.

Los tradicionales medios audiovisuales están experimentando fuertes transformaciones en un escenario sometido a cambios radicales: tecnológicos, estructurales, cambios comunicativos en el uso por parte de una audiencia más activa y exigente, innovaciones en los formatos y, de forma tímida, en los contenidos, etc. La Radio, un medio con MAYÚSCULAS, pone especial énfasis en su permanente transformación, liderada por una convergencia con Internet y con la telefonía móvil.

El profesor Cebrián, destacado analista de los medios audiovisuales, ha querido recoger en su última aportación -publicada al finalizar el 2007- los modelos de radio generalista, los modelos temáticos o especializados y los modelos convergentes multimediáticos que conducen a una interactividad entre los usuarios emisores y receptores.

Con una prosa ágil y un estilo comprometido, Mariano Cebrián, no pierde de vista que las TICs son una oportunidad en la vanguardia radiofónica para acercar lo local a un espacio globalizado; para repensar en los medios públicos al servicio de la sociedad; para hablar no sólo de innovaciones sino para tener tiempo, también, de innovar; para descubrir las oportunidades que nos brinda la tecnología y así poder alcanzar un pluralismo cultural... Por todo ello, innovación, creatividad y experimentación van de la mano en la teoría radiofónica que nos presenta el autor y que nos conduce hacia la sociedad en red.

“Modelos de Radio, desarrollos e innovaciones” se centra en los diferentes modelos existentes en la Radio. Mariano Cebrián considera que “el concepto de modelo se refiere no a un ejemplo de comportamiento, sino a una representación conceptual y sistematizada de las tendencias relevantes de la radio en su conjunto y complejidad”.

Ciertamente, la expansión tecnológica de la radio crea una acumulación de modelos radiofónicos que podemos concentrar en torno a tres variantes: las emisoras generalistas, las emisoras temáticas y las emisoras de radio convergentes don Internet. Los dos primeros cuentan con amplia experiencia y el tercero es el más reciente. Tras estas primeras aproximaciones, el autor sostiene que “el aumento de emisoras conlleva mayor competitividad en la programación por atraer audiencia. Esto conduce a la renovación de la técnica para ofrecer mayor calidad y a la búsqueda de informaciones y tratamientos de mayor interés”.

El libro se divide en dos partes. La primera está dirigida a profundizar en los modelos de radio desde la fase de difusión hasta la comunicación interactiva. En ella, el autor expone los nuevos enfoques tecnológicos para su difusión y distribución vía terrestre, por cable, por satélite, por Internet y los servicios radiofónicos en la telefonía

móvil. Posteriormente, explica de forma somera la expansión de los modelos temáticos o especializados de la radio basados, fundamentalmente, en noticias y música para pasar a describir los modelos de convergencia y las innovaciones en los géneros y formatos de programación y de programas. Esta primera parte, termina con un capítulo dedicado a la narrativa y a la creatividad en la programación. A lo largo de estas páginas, Mariano Cebrián analiza cómo la innovación técnica está repercutiendo en la oferta radiofónica y qué es lo que está llegando a la audiencia más allá de los usos y mejoras del trabajo profesional. Él como otras personas involucradas en este desarrollo, consideramos que la clave del futuro de la radio no está sólo en las tecnologías, sino en los enfoques comunicativos que quieren efectuarse. Así, el autor pone de manifiesto que “la radio se mantiene demasiado centrada en la confrontación de lo privado y lo público o, mejor dicho, en la radio de enfoque comercial y en la radio de enfoque político-electoral en las democracias o de enfoque propagandístico en las dictaduras. La radio está demasiado atrapada por los intereses de unos y otros. Falta por desarrollar la radio de servicio social, de atención a los diversos grupos y, en suma, la radio de la sociedad civil. Internet, y en particular la blogosfera, experimentan esta orientación” (p. 13).

La segunda parte de la obra tiene como objetivo sumergirse en los desarrollos e innovaciones radiofónicas. En ella, se exploran los cambios empresariales donde “se aprecia una tendencia a que las grandes empresas radiofónicas tradicionales pasen de las ofertas generalistas a las especializadas, siempre que dispongan de frecuencias suficientes, y que, además, durante los últimos años salten a desarrollar todo lo anterior a través de Internet hasta dar origen a la radio en Internet o ciberradio y que se aborden nuevas experiencias con la presencia de la radio en la telefonía móvil. Es una aspiración tendente a convertirse en empresas de multioferas dentro de un medio y que, asimismo, se tienda a la integración en unas empresas multimedia de comunicación” (p. 177). Se habla también de los enfoques estratégicos de la programación, del nuevo papel y manifestación comunicativa de la audiencia, de las mutaciones profesionales y la formación. A partir del capítulo 8, el autor añade una gran aportación y perspectiva, que no se ha trabajado todavía mucho en otras obras, y que define un proyecto interesante para ser desarrollado por la radio. Se trata de la cooperación de la sociedad civil en la radio y del fortalecimiento de la cultura democrática. La cultura democrática tiene su expresión en la participación y en el diálogo de toda la sociedad entre sí para mejorar el desarrollo e innovación sociales. La radio, como uno de los grandes medios de comunicación de la sociedad contribuye con toda su potencialidad a tal fortalecimiento. En este sentido, el autor pone el acento en que esta cultura democrática no es sólo exigible a los medios públicos, para dar cuenta de su gestión, sino también a los medios privados como responsabilidad social más allá de los objetivos lucrativos. La radio tiene que volver a ser un medio que ofrezca distintos servicios a la sociedad.

Mariano Cebrián continúa en sus últimas páginas abordando la radio de

proximidad, el pluralismo cultural, la inmigración en la radio, para terminar haciendo una defensa del espacio público y de los medios alternativos.

Este capítulo se sitúa en los procesos de globalización económica, política y, en determinados hechos, cultural. Es evidente que Europa ha sido una encrucijada de civilizaciones. Ahora vive una inmigración que alcanza ya más del 10% de su población lo cual plantea nuevas situaciones de comunicación e intercultural, así la radio trata de responder a estas necesidades. También los grupos radiofónicos del Estado español, que pertenecen a grandes cadenas o grupos de comunicación, tratan de traspasar las fronteras y llegar a sus diásporas residentes o flotantes en otros países.

El autor se fija principalmente en Internet porque abre un importante cauce de opciones para la interculturalidad. Cualquier emisora de un país, desde el momento en que se incorpora a la difusión en Internet, se convierte en emisora internacional, que puede captarse en cualquier parte del mundo.

Los once capítulos de la obra constituyen un importante análisis y contribuyen a esclarecer las peculiaridades y diferencias de cada uno de los modelos radiofónicos.

A lo largo de las 317 páginas, el autor, con intención pedagógica y estilo divulgativo, plantea una serie de objetivos como complemento de un corpus teórico y práctico.

La obra es una referencia más en las licenciaturas de la Comunicación y de consulta para cualquier profesional de los medios. Tal y como reconoce el autor en la introducción del libro, la presente edición está dirigida a todo el universo de habla hispana. Los ejemplos proceden de varios países, pero mayoritariamente de la situación española. No obstante, debido a que tales emisoras emiten también por Internet, se cita la dirección de sus *webs* para que cualquiera pueda entrar. Además, se ofrece referencia de los grandes portales especializados en comunicación en los que se registran los cambios de nuevas direcciones o se eliminan las ya desaparecidas.

Mariano Cebrián es Catedrático de Periodismo de la Universidad Complutense de Madrid y es autor de más de 20 libros, entre los que podemos destacar *Información radiofónica* (1994) y *La radio en la convergencia multimedia* (2001).

Carmen PEÑAFIEL SAIZ

Universidad del País Vasco (UPV-EHU)

**CENTENO MALDONADO, Daniel**, 2007: *Periodismo a ras del “boom”. Otra pasión latinoamericana de narrar*. Mérida (Venezuela), Universidad de los Andes. Consejo de Publicaciones, 269 págs.

Daniel Centeno Maldonado -dice la nota biográfica que figura en la contraportada del libro- “es comunicador social egresado de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas), con postgrado y doctorado en la Universidad Complutense de Madrid”. De su paso por la Complutense surgió, efectivamente, el impulso definitivo para el estudio que ha cristalizado finalmente en el estimulante texto que ha visto la luz recientemente en forma de libro. El título original de este trabajo, defendido como tesis doctoral en la Facultad de Ciencias de la Información de la universidad madrileña en noviembre del 2004, fue “*Boom* de narrativa latinoamericana y periodismo: una relación de vasos comunicantes”. Con anterioridad a sus estudios de doctorado, Daniel Centeno obtuvo aquí el título de postgrado en el Master de Periodismo que desarrolla conjuntamente el diario *ABC*, de Madrid, con la Universidad Complutense. Actualmente, y una vez regresado a Sudamérica, Daniel Centeno es Jefe de Comunicaciones del Grupo Santillana en Venezuela y profesor en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello.

Tal como acertadamente explica el nicaragüense Sergio Ramírez en el Prólogo, “Daniel Centeno enuncia en este libro su propuesta de vasos comunicantes entre periodismo y literatura, algo que alcanza aun a aquellos escritores que nunca se acercaron a una sala de redacción, pero escribieron crónicas rojas, como el mismo Borges [...]. Este es un libro sobre vasos comunicantes, escrito con perspicacia y con amor a la literatura. Un libro sobre dos oficios de excelencia, que cada día tenderán a fundirse más”. La imagen de los vasos comunicantes (presente en el título de la tesis) la pide prestada el autor a uno de los escritores por él estudiados, Vargas Llosa. En literatura -dice Daniel Centeno- la teoría de los vasos comunicantes, o de la transmisión de voltajes literarios, también puede aplicarse. “El escritor peruano y gran abanderado del *boom*, Mario Vargas Llosa, se refiere a los vasos comunicantes como a las relaciones latentes o manifiestas que pueden existir entre los textos literarios. Toda obra trae a colación a otra y éstas se interconectan para buscar una nivelación entre lo ya escrito con lo que está por crearse”. La nivelación, en el caso que nos ocupa, se establece no ya entre dos diferentes géneros literarios, sino entre dos manifestaciones tan distintas en sus motivaciones creadoras como son la literatura narrativa de ficción y el periodismo. A pesar de que Borges vaticinara, provocativamente, que “con paciencia quizá algún día desaparezca el periodismo”, lo cierto es que en estos tiempos nuestros “el periodismo se parece peligrosamente a la literatura”. Por su parte, Daniel Centeno se apunta a una línea parecida y encaminada a examinar los oficios terrestres actuales, y concluye: “Al estudiar más a fondo el fenómeno del *boom*, las sorpresas brotan como hongos. El grupo de estos narradores latinoamericanos, que irrumpió con sobrada fuerza en la década de los sesenta,

mantuvo siempre un estrecho vínculo con la profesión periodística, que en ese entonces era sólo considerada como un simple oficio”.

Para demostrar su hipótesis inicial de trabajo -que los narradores latinoamericanos se han inspirado deliberada y repetidamente en la técnicas periodísticas para captar el interés del lector-, el autor ha seleccionado diez novelistas del *boom* narrativo para someterlos a un análisis específico que permita demostrar la validez del punto de partida: “Sostenemos que muchas de las obras literarias más famosas del *boom* y de sus grupos afines mantienen una deuda a perpetuidad con el periodismo, algunas de ellas asaz insospechadas”. Y los escritores aquí elegidos suman un total de diez: los obvios cinco autores indiscutibles del *boom* (Cortázar, Donoso, García Márquez, Carlos Fuentes y Vargas Llosa), más los dos padres de la generación, integrantes de lo que Centeno llama el *protoboom* (Borges y Carpentier), para terminar con sus tres hijos más dilectos, aunque todavía menos valorados a escala universal, los narradores del *postboom*, a saber: el argentino Tomás Eloy Martínez, el nicaragüense Sergio Ramírez y el chileno Alberto Fuguet.

El estudio individualizado que hace en este libro el comunicólogo venezolano es verdaderamente magistral y deslumbrante. Estas visiones particulares de los escritores revelan un profundo conocimiento, reflexivo y paciente, de la obra completa de cada uno de los seleccionados. Llama la atención el alto nivel de empatía que el autor manifiesta con cada uno de ellos, como si fueran personajes incardinados desde hace siglos en la propia familia del joven crítico literario. Y todo esto aderezado con una prosa ágil y sugerente que hace bueno el deseo manifestado por el autor en las “Palabras iniciales”: no dejar mal a sus maestros, los que le enseñaron a hacer liviano el material más pesado de la teoría y de las historias para contar y referir. No olvidemos que este libro es el trasunto fiel de una tesis doctoral, tesis que alcanzó el máximo nivel de calificación en su defensa académica. Pues bien: el lenguaje utilizado por el doctorando no es el habitual lenguaje aséptico y un punto administrativo que se suele emplear para llenar los espacios documentales obligatorios en un trabajo de análisis o de investigación, como es norma metodológica para estas obras. Es un lenguaje rico y deslumbrante, que acredita en sí mismo el impacto estilístico producido en Daniel Centeno por tantos miles de páginas nacidas de la inagotable capacidad creativa -tanto desde el punto de vista lingüístico y formal como del enfoque de su contenido imaginativo- de todos aquellos autores a quienes rinde tributo de admiración y pleitesía. Porque, además de los diez autores citados, a quienes dedica sustancialmente la III Parte del libro (“Diez ficciones reales”), la mirada crítica del autor discurre también por las obras de un buen número de autores americanos contemporáneos: Juan Rulfo, Sábato, Onetti, Lezama Lima, Severo Sarduy, Rodolfo Walsh, Octavio Paz, Augusto Monterroso, Adriano González León, Jorge Edwards, Bryce Echenique, Bioy Casares, Cabrera Infante, etc. También planean sobre este libro abundantes textos surgidos de lecturas de autores anglosajones y europeos: Joyce, Hemingway, Faulkner, G. Green, Henry James, E. A. Poe, Flaubert, Alfred

Jarry, Virginia Woolf, Kafka, etc. Y asimismo reconoce su deuda respecto a las ideas estéticas y profesionales de movimientos periodístico-literarios como el *New Journalism* norteamericano con su trinidad de nombres señeros: Mailer, Capote y Tom Wolfe. En resumen: Daniel Centeno, a la hora de dar forma definitiva a este brillante trabajo de investigación en el campo de la comunicación periodística, ha tenido muy en cuenta la recomendación que hace Virginia Woolf a quienes proyectan navegar por las aguas de la creación literaria: “Para sentarse a escribir, hay que sentir toda la tradición en los huesos; todo el camino hasta llegar a Homero”. Los escritores latinoamericanos han tenido muy en cuenta la recomendación de la novelista norteamericana. Pero no sólo ellos: Daniel Centeno ha culminado en este libro una excelente pesquisa acerca de la identidad cultural del *boom* narrativo después de someterse a una profunda inmersión literaria en sus maestros continentales, dejándose calar hasta los huesos por el legado ético y estético que va desde el argentino Borges al chileno Fuguet.

Me ha sorprendido en la edición de este trabajo un descuido tipográfico largamente repetido, especialmente en la II Parte (“Literatura y algo más”). Consiste este fallo en la ausencia dentro del texto (no dentro de las notas bibliográficas) del habitual contraste visual -letras en tipos cursiva o negrita- con el que se presentan los títulos de los libros, lo que permite identificar fácilmente las obras. Es más: sin este auxilio convencional, muchas veces resulta difícil incluso la descodificación sintáctica de la frase. Otro descuido, pero de menor cuantía, es la falta de coherencia también tipográfica entre las notas bibliográficas situadas al final de cada capítulo. Mientras que en la III Parte aparece en negrita el nombre de los autores, en las dos primeras la impresión se hace en letra redonda, sin ningún tipo de resalte. ¿Por qué esta injustificable diferencia de criterio?

No quiero terminar esta reseña sin aconsejar vivamente la lectura de *Periodismo a ras del “boom”* a todos cuantos -profesionales y teóricos de la comunicación- están interesados en el eterno y debatido asunto que trata de las relaciones entre Periodismo y Literatura. A modo de apunte final, y como posible propuesta para una reflexión colectiva, repetiré aquí unas líneas del libro: “Conociendo algunos engranajes de la realidad se puede dotar de verismo a la ficción. El periodismo es, quizás, una de las vetas más ricas para practicar el arte de escribir en diferentes niveles. La elaboración de una nota no sólo tiene que responder a eventos sucedidos que se olvidarán para siempre al día siguiente. El buen profesional está en la obligación de dejar una huella en el lector. Necesita que el hecho y, si es afortunado su firma también, permanezca con el aroma de un recuerdo negado a morir. Los trucos existen y la intuición es una de las mejores aliadas para poderlos utilizar en el lugar y momento adecuados. Sólo con la mezcla de ambos se puede pasar con sobresaliente ante el lector más vilipendiado y, a la vez, más exigente que puede tener un narrador: el de periódicos”.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

**COUSIDO GONZÁLEZ, M<sup>a</sup> P., GUTIÉRREZ DAVID, M<sup>a</sup> E. (Coords), 2008:**  
*La transparencia en el sector audiovisual. Comentarios a la normativa española y comunitaria.* Barcelona, Bosch, 406 págs.

Doce especialistas, mayormente en Derecho de la Información, aunque también en algunos otras vertientes del complejo mundo informativo (Cousido González, González Ballesteros, Gutiérrez David, López Martín, Martínez-Bretón, Monteiro Affonso, Pérez Pintor, Población Bernardo, Rodríguez Merchán, Sánchez Calero, Santiago Freda y Vega Fernández), intervienen en la investigación sobre *La transparencia en el sector audiovisual*, en parte ahora reflejada en libro, llevada a cabo en los tres últimos años y coordinada por las profesoras M<sup>a</sup> Pilar Cousido y M<sup>a</sup> Estrella Gutiérrez, de la Universidad Complutense de Madrid y del CES Felipe II de Aranjuez, respectivamente.

Trabajo que trasciende muy mucho el subtítulo, “Comentarios a la normativa española y comunitaria”, pues, aunque se centra y nos sumerge en el apartado concreto de lo que respecta al audiovisual, lo hace no ya sólo cual si fuera una rama más del sector general de la información, para el que en buena medida resultan adecuadas consideraciones, análisis y valoraciones, sino sumergiéndose (sumergiéndonos) en el derecho comunitario como instrumento muy válido no sólo para el afianzamiento y culminación del proyecto de la Unión Europea, sino de *repristinamiento* de la democracia en una pléyade de países de entre los que esta se encuentra más firmemente consolidada. Todo ello en el cuadro de la disciplina Derecho de la Información; no en vano se enmarca en el Programa de Doctorado de la Universidad Complutense, “El Derecho de la comunicación en la Sociedad Actual”, que coordina Teodoro González Ballesteros desde hace varios años.

Ahora bien, si la transparencia informativa en general ha venido siendo objeto de estudio en el marco de la disciplina Derecho de la Información en la última década, el sector audiovisual, con crecimientos espectaculares no ya por la propia dinámica histórica, y primero tecnológica, sino por la liberación & privatización llevada a cabo desde mediados de la década de los ochenta del pasado siglo, en consonancia con los nuevos aires que se instalan en tiempos de los mandatos de Reagan y Thatcher en Estados Unidos y Europa, respectivamente, por demás de una gran importancia económica y de influencia en la conformación del voto y de la opinión pública, merecía un tratamiento diferenciado y en profundidad. En parte, también, en respuesta a la actitud de los propietarios y gestores de medios audiovisuales, los cuales, mejorando aquello de que en casa del herrero cuchillo de palo, mientras demandaban libertad absoluta, luz y taquígrafos, para el desarrollo o tratamiento de cualquier tema que les conviniese, se obstinaban en mantener a sus empresas en la más profunda nebulosa informativa, hasta en los aspectos más elementales de participación en el accionariado o línea editorial; algo que personalmente, y en diferentes incursiones, hemos podido corroborar. Incongruencia que, obviamente les hacía perder alguna credibilidad -quizá no mucha- pero donde ni los estudiosos o críticos más obstinados en revertir la situación conseguían resultado apreciable, debido a que actuaba a favor

de propietarios y gestores la ignorancia que de la ley tenía un amplio sector de la sociedad, sumada a la lentitud con que opera la responsabilidad social en el ámbito informativo, y a la complicidad derivada de la indiferencia y del temor reverencial de los poderes públicos ante ellos (Cousido *dixit*). Por todo lo cual sea bien recibido el estudio iusinformático que en este libro se aborda.

En la investigación se parte de la hipótesis de que el ordenamiento jurídico español procura menos transparencia de la que cabe deducir de las continuas referencias al sector informativo por parte de políticos y empresarios de medios de comunicación. Opacidad que resulta más evidente en el sector audiovisual, no sólo de hecho, sino también de Derecho, no ya por el respaldo de unas normas poco efectivas sino por la inactividad de los poderes públicos que debieran garantizar el cumplimiento del ordenamiento vigente, por pobre que sea. No obstante, la entrada de España en la Unión Europea (1986), el Tratado de Maastricht (1992) y, en especial, el de Ámsterdam (1996), sumado a los cambios que suponen en este ámbito las incorporaciones en 1996 de dos países nórdicos (Suecia y Finlandia), que desde décadas, siglos atrás, vienen entendiendo la transparencia más como fin que como medio, motivan que los derroteros se enderecen. A lo que también viene a sumarse el hecho de que en la década de los noventa del pasado siglo la transparencia se convierte en instrumento de batalla de una institución, el Parlamento, que intenta ampliar sus poderes, y de la misma sociedad europea, a quien ya no le basta reconciliación, paz y prosperidad sino que se inquiere hacia dónde va en un contexto de mundo globalizado y de tecnología cada vez con más poder. Hasta los euroescépticos, aunque por motivos diametralmente alejados, acaban sumándose a la apuesta, al conectar métodos opacos con políticas corruptas.

Por todo ello, si hacia 1990 la bibliografía al respecto era prácticamente inexistente (aunque sean de destacar las aportaciones de Dyrberg y González Alonso), el panorama bibliográfico se ha invertido dos décadas después. Siendo el que nos ocupa un ejemplo manifiesto del cambio de tendencia, en algún modo, también, síntesis de las aportaciones hasta el momento, no ya sólo de la bibliografía privada sino, en especial, de la jurisprudencia emanada del Tribunal Supremo (Sala de lo Contencioso-Administrativo) y Tribunal Constitucional, en España, incluso más del Tribunal de Primera Instancia y Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, como también, aunque ya en menor grado o periféricamente, de otros tribunales (Europeo de Derechos Humanos y Corte Interamericana de Derechos Humanos). Donde se reconoce el papel reivindicativo de diversas asociaciones de usuarios y consumidores así como de organizaciones no gubernamentales especializadas en el tema, las cuales, actuando como *lobby*, han conseguido que las cámaras legislativas nacionales alumbrasen leyes específicas “destinadas a regular el derecho de acceso y favorecer la transparencia, entendidos ambos, acceso y transparencia como bienes jurídicos deseables en cualquier comunidad y, en concreto, en una democracia, como la española, que aspira a mejorar su calidad”.

A destacar en metodología el trabajo multidisciplinar pues, si en lo que respecta a exégesis ha estado dirigida y ejecutada por juristas especializados en la rama del Derecho Constitucional que es el Derecho a la Información, el trabajo de campo que ha seguido ha sido tarea de un equipo multidisciplinar en que también han trabajado a la par especialistas en sociología, economía y comunicación.

Cuatro partes conforman el libro. En la primera, de especial interés, se aborda “El concepto iusinformativo de la transparencia en el sector audiovisual español”, analizándose la historia de la transparencia en la Unión Europea, su naturaleza, los indicadores, factores y efectos de la transparencia, los factores y efectos de la opacidad, señalándose algunas propuestas para mejorar la transparencia en el sector audiovisual (tarifas publicitarias transparentes, comisiones de control de gastos, control de los mecanismos de financiación, acomodación a los principios de accesibilidad, subsidiariedad y proporcionalidad, exigencia de responsabilidades...), para concluir con un intento de establecimiento del concepto iusinformativo de la transparencia en el sector audiovisual español.

El capítulo segundo se dedica a los fundamentos del derecho de acceso a los documentos administrativos del sector audiovisual. El tercero a los sujetos del derecho de acceso a la información y a la documentación del sector audiovisual español (su estatuto iusinformativo). Lo que se completa en el cuarto atendiendo al objeto del derecho de acceso a la información y a la documentación del sector audiovisual español (marco iusinformativo, acceso a la información audiovisual pública, acceso a la información audiovisual privada, rematando con un estudio de la transparencia/opacidad legal audiovisual. Rematado con las secciones “Bibliografía y documentación” y “Jurisprudencia citada y comentada”.

Estimamos que se trata de un estudio bien sistematizado, agudo y claro, de interés no ya sólo para alumnos y/o profesores de las Facultades de Ciencias de la Comunicación y de Derecho, sino para estudiosos en general sean del mundo de la comunicación o de otras áreas, incluso curiosos, que aunque centrado en el sector audiovisual español bien podría valer para cualquier otro país comunitario pues, de hecho, una de las constantes subyacentes es cómo el derecho comunitario va adquiriendo cada vez más espacio, al que vienen a acomodarse las normativas nacionales, es decir ejemplo preclaro de cómo el derecho se convierte en instrumento de europeización al par que de *mejoramiento* de la democracia. O más todavía, libro ejemplo de cómo la transparencia en el sector informativo y, por lo que hace al caso, en el sector audiovisual se constituye en el medio más idóneo para la participación responsable ciudadana y el mejoramiento de la democracia. Algo que los nórdicos ya previeron hace muchísimos años, y cuyo modelo informativo-comunicativo desde aquí se intenta imitar. Nuestra felicitación a los autores, y por doble motivo a las coordinadoras.

Juan José FERNÁNDEZ SANZ  
Universidad Complutense de Madrid

**FLEMING, Fergus, 2007:** *La conquista del Polo Norte*. Traducción de Jordi Beltrán Ferrer. Barcelona, Tusquets, 508 págs.

No sabemos lo que nos deparará la futura exploración del espacio, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que con la conquista de los tres polos terrestres, el Norte, el Sur y el Everest, durante el siglo pasado, se cierra toda una época para la humanidad en la que no sólo ha quedado explorado hasta el último confín geográfico de la Tierra, sino en la que también la humanidad misma ha conocido sus propios límites, tanto físicos como psíquicos, y tanto individuales como de rivalidades entre países, entre razas, y entre formas de ver el mundo. Curiosamente con el conocimiento global del Planeta llegó también el comienzo de su destrucción, o por lo menos el que se empezara a hablar de ello en una época que recordemos, pero ése es otro tema. Vayamos, de momento, con el libro que nos ocupa.

Decía Borges que la única epopeya moderna ha sido la conquista del Oeste, la única gesta narrada por el hombre comparable a las de los mitos clásicos. Puede que sea cierto. La conquista del Polo Norte – este libro precisamente se subtitula “Una de las últimas epopeyas de la humanidad”- no ha sido tan conocida, tan cinematográfica, no ha contado con sus tensos y pintureros duelos al sol ni, afortunadamente, con el terrible genocidio de una raza, pero sin ningún género de dudas podemos decir que la supera en audacia, dificultad y, desde luego, en condiciones extremas. Además, consolidó una práctica que posteriormente se convirtió en modelo de funcionamiento entre empresarios y aventureros. Entre ellos los de prensa. No olvidemos que la célebre frase “El doctor Livingston, supongo”, salió de la boca del corresponsal del *New York Herald* Henry Morton Stanley cuando en 1871 descubrió al misionero británico que llevaba dos años perdido en África. El propietario del *Herald* era entonces James Gordon Bennett, el mismo que en 1875 y 1879 patrocinó dos expediciones al Polo Norte, en busca del Livingston de turno. La noticia no es algo de lo que se informa, la noticia se crea, era su máxima.

A propósito de la célebre frase antes citada -“*Doctor Livingston, I presume*”-cabe plantearse alguna duda sobre su traducción. En el libro aparece como: “Usted debe ser el doctor Livingston, ¿no es así?”, lo que al lector medio no deja de sorprenderle, e incluso, en cierta medida, de irritarle. Cuando durante más de un siglo nos habíamos acostumbrado al delicioso soniquete de “El doctor Linvingstone, supongo”, paradigma de la concisión, de la fina ironía, de la educación, de la flema británica (aunque fuera pronunciada por un norteamericano), llega el experto de marras y nos lo estropea. Las razones filológicas, lingüísticas y de interpretación no las vamos a poner en duda, pues no somos quién, cabría decir. Sólo somos ese lector medio al que le chirría el cambio. Tampoco vamos a negarle a la traducción sus legítimas aspiraciones a evolucionar. Pero, con todo, creo que el “*I presume*” perfectamente se puede traducir por “presumo”, y, por lo tanto, por “supongo”. Mientras que el “usted debe ser...” es clara y literalmente prescindible. De otra forma se priva a la frase en español de su chispa, de su gracia, de su brevedad, de sus características, en suma,

eminentemente periodísticas. Aquí pasa lo mismo que con cierta frase también célebre de Shakespeare. Cuando durante muchos más siglos aún nos habíamos acostumbrado al “Ser o no ser, he ahí la cuestión”, llega alguien y propone “...he ahí la opción”. Pero, ¿por qué? ¿No se dice que no se leen a los clásicos? Pues por lo menos dejemos en pie lo poco que de ellos saben de memoria hasta los niños de pecho. En fin... quizá éstas sean sólo cuitas de un lector nostálgico. Pero hay más ejemplos en nuestro libro. Al hablar de cierta expedición fallida, con decenas de muertos en Siberia que debían ser repatriados a Estados Unidos, se habla, tras haber citado ya la palabra cadáveres, y para evitar caer en redundancia, de “despojos” (p. 247). La palabreja, despectiva donde las haya, aparece varias veces más a lo largo del libro, siempre después de cadáveres, como si ahí se hubiera acabado el cupo de los sinónimos. ¿Tan difícil hubiera sido hablar de “restos humanos”?

Pero pasemos por alto la traducción que, en honor a la verdad, en nada desmerece el interés de la obra. Ese interés reside en concreto en una historia detallada, maravillosamente documentada y maravillosamente escrita, de todos los intentos de conquista del Polo Norte desde que en 1845 Sir John Franklin, de la Marina británica, realizara el primer intento conocido. Ni él, ni su tripulación, ni sus dos barcos, volverían a ser vistos jamás. Durante décadas se organizaron expediciones de rescate -entre ellas, alguna de las patrocinadas por Gordon Bennett- sin ningún éxito. El punto final lo pone otro británico, Wally Herbert, que en 1969 (curiosamente, el mismo año en que el hombre llegó a la luna) se convierte en el primer explorador que no sólo alcanza a pie los noventa grados de latitud norte, sino que además atraviesa la banquisa polar a pie. Pero entre medias, claro, se sucedieron mil y una aventuras, fraudes, conquistas en un principio reconocidas y luego desmentidas, conquistas sobrevoladas, conquistas erróneas... y cientos, miles, de vidas dejadas en el empeño.

Conquista fraudulenta fue, por ejemplo, la de Cook, que en 1909 atravesó el Ártico al oeste de la isla de Ellesmere y afirmó que, además, había llegado al polo. Recibido al principio como conquistador, pronto se demostró que era un farsante. Conquista errónea fue la de Peary que, en el mismo año que Cook, llegó en trineo al polo por la banquisa ártica. Más tarde se demostró que sus observaciones eran falsas. Y conquista sobrevolada fue la de Amundsen, Ellsworth y Nobile, que, en 1926, a bordo de un dirigible siguieron una ruta desde Spitsbergen hasta Alaska, convirtiéndose en las primeras personas en ver el Polo Norte. Poco después, en 1948, en los albores de la guerra fría (dicho sea sin doble sentido), un equipo de científicos, siguiendo instrucciones de Stalin y al mando de Aleksandr Kuznetsov, pusieron por fin los pies en el polo.

Entre las cerca de cuarenta expediciones que se documentan en el libro, además, hubo sus rivalidades. Encarnizadas y eternas, muchas de ellas. Entre Cook y Peary, por ejemplo, ambos norteamericanos, llegó a estallar una guerra de acusaciones y contraacusaciones, de pruebas falsas, de detectives que vigilaban a los detectives que a su vez vigilaban a los exploradores... y todo ello con la prensa de por medio.

Mientras el *Herald* del todopoderoso Bennett apoyaba a Cook, el *New York Times* hacía lo propio con Peary. Y a éstos se les fueron sumando medios, partidarios de uno u otro, como *The Sun* o *Hampton's Magazine*, alguno de los cuales llegó a pagar cifras astronómicas por las exclusivas en forma de seriales sobre el asunto. Un asunto que llegó a ser global y que tuvo sus ramificaciones en Europa, en concreto en Francia donde Cook escondía un diario falsificado, y en Dinamarca e Inglaterra, donde sus respectivas sociedades geográficas y varias universidades intervinieron en la contienda para al final rendirse a la evidencia de que Cook había mentido.

Pero, desde luego, ninguna guerra en terreno civilizado podría compararse a la que tuvieron que librar ambos, y los demás, en el terreno inhóspito del polo, con una naturaleza inclemente, en todos y cada uno de los viajes que se relatan. Tras meses en el invierno glacial, sin comida, y con jornadas interminablemente duras, nocturnas, de camino sobre el hielo, grietas, terreno irregular lleno las trampas... era lógico que los cadáveres se amontonaran en las tiendas poco a poco, sin que ninguno de los que quedaban vivos tuvieran ya fuerzas en muchos casos para retirarlos. El canibalismo hizo acto de presencia en varios de estos viajes, lo mismo que el hecho de comerse a los perros que tiraban de los trineos cuando los expedicionarios se veían en la difícil situación de tener que prescindir de su medio de transporte para no morir de hambre usando como leña para cocinar la madera del propio trineo. Las rivalidades se convirtieron también en ocasiones en misteriosos asesinatos, como el de Charles Francis Hall que murió en el ártico, aparentemente, de una embolia cerebral, pero que un siglo después, en 1968, tras rescatarse el cadáver se averiguó que falleció envenenado con arsénico.

Pero, como en todo infierno, aquí había también momentos de paz, de calma, de condiciones favorables para contemplar en todo su esplendor la belleza de un paisaje virgen. Sobre todo a la ida, cuando aún los rigores del invierno no habían empezado a hacer estragos entre embarcaciones y tripulación y las provisiones aún no escaseaban. De la *United States*, una embarcación que partió de Boston el 6 de julio de 1860 dirigida por Isaac Israel Hayes, por ejemplo, se nos dice:

El tiempo fue bueno aquel año y, mientras subían por la Bahía de bahía de Baffin, la bisoña tripulación tuvo la oportunidad de admirar todas las maravillas del verano ártico. El cielo era un resplandor carmesí, dorado y púrpúreo. El mar era tan calmo y tan cristalino, que a veces el barco parecía flotar en el aire y los que se asomaban a la borda experimentaban una sensación de vértigo. Por su lado pasaban flotando tantos icebergs, que era imposible contarlos. Hayes se divertía identificando variaciones arquitectónicas. Aquí había una pirámide egipcia, allí una torre bizantina, más allá un templo griego. Un iceberg parecía San Pedro y otro, el Coliseo. El sol no se ponía de noche y era una bola roja que iba iluminando las construcciones... (pp 84-85).

En parecidos términos, pero ahora con la luna como protagonista, por ser invierno, el naturalista de otro de otro de los barcos que intentaron la conquista, el *Alert*, que

partió de Portsmouth en 1875, nos dice:

El aire era tan estimulante que caminábamos de prisa obre la nieve crujiente cantando, gritando y riendo... ¡Y qué luna! Como un gran espejo o escudo de acero bruñido, no como la ves en los trópicos o en el Mediterráneo, pálida, cálida y suave, dibujando sombras en el mar y la tierra, sino fría, brillante y severa; ni una nube o mota en el cenit, pero hacia el sur un sombra verde pálida y delicada, con gruesas líneas de nubes negras cerniéndose sobre ella, nos dijo dónde el sol, muchos grados por debajo de nuestro horizonte, daba luz y calor a todos nuestros seres queridos (p. 186).

Los medios de transporte eran muchas veces, además de barcos y trineos, el propio hielo. La tripulación del *Germania* se mantuvo a bordo de un gran trozo de agua helada viajando durante doscientos días. Cuando lo dejaron para seguir una ruta que les llevara más al sur de Groenlandia lo hicieron con pena: “Dirigimos una última y agradecida mirada a nuestro fiel témpano; pasando por numerosos peligros y calamidades, desde la región del terror y la muerte nos había traído hasta aquí...” (p. 126). Aunque también había otros medios para moverse por el polo, quién sabe si extraterrestres, como el contemplado por Raymond Newcomb y sus hombres: “A unos centenares de metros de ellos flotaba en el aire una reluciente bola de luz. Subieron todos a cubierta para observarla. La bola osciló, se acercó a ellos, retrocedió y luego descendió en picado sobre el hielo antes de desaparecer por completo”. Sobre la increíble visión se hicieron muchas conjeturas, algunas relacionadas con la aurora boreal. Nadie dijo que era un ovni, “porque la palabra aún no se había inventado”, apunta Fleming (p. 222).

Desde luego la conquista del polo es una caja de sorpresas. El autor, el británico Fergus Fleming, antiguo redactor de *Time-Life Books*, no ha dejado prácticamente ningún cabo sin explorar. En el libro se incluyen no sólo todas las expediciones habidas a lo largo de más de un siglo, con material inédito muchas veces, sino también mapas, ilustraciones y varios apéndices con notas, cronología, bibliografía, índices e informes médicos de, por ejemplo, el escorbuto, la principal enfermedad que se contraía a bordo. Pero lo principal, claro, es el relato de los hechos. Cómo buena parte de la humanidad pudo intentar prácticamente todo por conseguir un objetivo. Y entre ese todo caben las propuestas de la ingeniería genética de la época, como la de Peary, que en 1885 dejó escrito en su diario: “Si se quiere que la colonización sea un éxito en las regiones polares, que los hombres blancos lleven consigo esposas nativas, puede que de esta unión nazca una raza en la que la dureza de las madres se combine con la inteligencia de los padres”. El explorador norteamericano estaba convencido de que “semejante raza llegaría al polo si sus padres no lo conseguían”. Y no sólo consideró este método sino que lo puso en práctica engendrando como mínimo dos hijos de madre esquimal (p. 303).

El propio Peary dejó escritas también unas líneas que, leídas hoy, pueden producirnos cierta envidia por el pasado y a la vez cierta claustrofobia por el presente,

por vivir en un entorno en que no queda nada por explorar: “Me alegro de estar en el mundo ahora, en vez de en un futuro en el que no habrá lugares nuevos, en que el hombre habrá pisado todas sus regiones y la tierra, el aire, el fuego y el agua, los cuatro elementos fundamentales, y todo lo que hay en ellos, sean sus abyectos esclavos” (p. 301). Quizá nos quede el espacio cuando hayamos acabado de destruir a esos abyectos esclavos. Pero ése, como dijimos, es otro tema.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid

**GARCÍA-ALBI, Inés**, 2007: *Nosotras que contamos. Mujeres periodistas en España*. Barcelona, Plaza Janés, 262 pp.

Cuando uno se asoma a una redacción de nuestros días y observa que el número de redactoras que se afanan delante de los ordenadores es superior (a veces muy superior) al de los varones, no puede menos que comparar tal situación con la que se vivía hace apenas un cuarto de siglo. Entonces estaban en franca minoría, aunque ya se veía venir el cambio, porque las facultades de Ciencias de la Información tenían más ocupados los pupitres con chicas que con chicos. Lo que no tiene fácil explicación es que, con una afluencia tan notable de mujeres a pie de obra, los cargos directivos todavía se hallen mayoritariamente en manos de los varones, pero esa discriminación tiene causas más complejas.

Inés García-Albi ha querido recoger y documentar este cambio, siguiendo el hilo de la paulatina y a veces muy dificultosa incorporación de las mujeres al mundo de la prensa. Ninguna ejerció el periodismo informativo en el siglo XIX y solo estaban presentes algunas en las revistas femeninas o se acercaban al articulismo desde o hacia la literatura. Lo han contado detalladamente Inmaculada Jiménez Morell, Mercedes Roig Castellanos, Adolfo Perinat e Isabel Marrades, entre otros, pero se habla poco de esa etapa en el libro. Como es sabido, hay que esperar la irrupción de Carmen de Burgos para encontrar a la primera que es contratada como redactora en un diario (1903) y tardarán en llegar las siguientes (y aun lo harán con cuentagotas). Después ya se va produciendo una progresión que no ha concluido, pues se está viendo que el mundo de la prensa, como el de la medicina se está feminizando a pasos agigantados. Nada que ver con los tiempos en que ellas solo estudiaban Filosofía y Letras, Magisterio, Enfermería o, todo lo más, Farmacia.

Su ensayo *Nosotras que contamos...* ahonda en la descripción de un camino que siempre ha sido pedregoso, sobre todo en el remoto pasado. Lo ha sido porque las mujeres en todo momento han tenido dificultades (y las continúan teniendo) para ser aceptadas en plan de igualdad con sus compañeros. Y lo ha sido porque el mundo de la prensa implica una relación social y unas condiciones de trabajo que parecían vedadas a las mujeres. La posición de padres y esposos era de cerrazón total a cuanto supusiera un franco desafío (y este lo era) en relación con lo habitual y admitido por la buena sociedad: de esa manera se prohibía tajantemente su presencia en el pasado, pero pocas mujeres se han librado de tales temores en las últimas décadas y todavía (¡ay!) se manifiestan como recomendaciones en el presente. Claro que a estas alturas resulta más un acicate que una restricción (pero todavía tenemos alumnas que estudian Derecho o Humanidades con Periodismo, cuando hubieran preferido centrarse en lo segundo, por no atreverse a dejar de lado las sutiles indicaciones paternas).

Además, los horarios desacompañados, el seguimiento de la información sin que se sepa en múltiples ocasiones cuándo empieza ni sobre todo cuándo acaba, el agobio que produce la urgencia o la imposibilidad de atender otras necesidades domésticas

perentorias (en las que por lo general no se implican los varones) repercuten gravemente en el trabajo diario de ellas, como estamos viendo todos los días y en toda clase de medios. Tales dificultades no les impide el ejercicio profesional, pero sí les condiciona para asumir mayores cotas de responsabilidad respecto a las que ya soportan.

Pero una vez situadas en la redacción viene la segunda parte, porque entonces hay que hacer frente a la desconfianza de los directivos y la competencia entre los compañeros. En las páginas de este ensayo asistimos a las confesiones de las que llegaron en las últimas décadas y sus quejas van en gran parte por ahí. En los medios la capacidad se le supone a cualquier titulado que empieza, pero ellas tienen que demostrarla de una manera palmaria, de la misma forma que en las televisiones no les basta con ser inteligentes, porque además tienen que aparecer guapas.

Estas y otras cuestiones van siendo desgranadas en las páginas de este ensayo que en casi todo su recorrido adopta la forma de reportaje. Por sus páginas desfilan los nombres señeros de las mujeres periodistas, algunas de las cuales, por su edad y más que probados méritos, son ya históricas, mientras que otras aportan la frescura de su instalación actual, que por supuesto debe mucho a los esfuerzos de las pioneras. Sin ellas aun deberían estar luchando más de lo que lo hacen actualmente por conquistar elementalidades que se le siguen negando.

Es una pena que los loables esfuerzos de la autora por presentar la evolución histórica de esta presencia no se hayan visto acompañados por un mayor rigor en los datos y más matización en los juicios, porque empañan el valor del conjunto (aunque probablemente la mayoría de sus lectores den por bueno todo lo que aquí se afirma). Llama la atención el que se diga que el diario *ABC* contaba con quinientos colaboradores gráficos en 1906, cuando reconoce que hasta veinte años después no se generalizó el uso de la fotografía (p. 22); que “la prensa católica tuvo que esperar hasta 1910, con la aparición de *El Debate*, para tener cierta influencia”, cuando ese diario en tal año no pintaba nada y fue a partir del cambio de propiedad en 1911 (y la dirección de Ángel Herrera Oria) que comenzó a levantar cabeza, pero la influencia a la que alude no se alcanzó de forma instantánea (p. 25); que se presenten como palabras textuales de Carmen de Burgos las que figuran en el libro de Federico Utrera, *Memorias de Colombine*, pues debería saber que se trata de una recreación, muy ajustada a la realidad, pero no con textos literales (pp. 24, 28, 29 y otras).

Las opiniones de quienes han sido consultados para la elaboración de este libro deberían haber sido puestas en cuestión, porque en ocasiones desafinan. De una periodista se afirma que pertenece a la última promoción de la “añorada Escuela de Periodismo”, donde estaban matriculados una treintena de estudiantes, ocho o nueve mujeres, pero debería precisar que se trata de la Escuela de Periodismo de la Iglesia (no la Escuela Oficial, donde el número era muy superior y la proporción de mujeres prácticamente equivalente en los años citados) (p. 188). De Gemma Nierga reproduce

unas declaraciones según las cuales “confían en los hombres para los puestos directivos, pero esa es una batalla que ya está ganada” (p. 138): ¿Seguro?

En las páginas que dedica a una periodista tan notable como fue Josefina Carabias hay detalles que pueden chocar a quienes la conocieron y a quienes la leían. Apenas se menciona que fuera el diario *Ya* quien la mantuvo de corresponsal en el extranjero por largos años, distribuyendo además las crónicas a toda su cadena de diarios regionales. Concluyó esta etapa y volvió a la redacción donde se hizo cargo de una columna. Su hija Mercedes se empeña en darle un sesgo que no corresponde a tales artículos: “Luego volvió a la política, a su columna” (p. 205); “El diario *Ya* publicó, a su regreso a España, sus columnas de opinión sobre el cambio político” (p. 38). No creo que ningún lector de entonces (nosotros lo fuimos) osara clasificarlas de esta manera: para empezar no existía por entonces ningún cambio político y lo que tocaba eran temas sociales de actualidad, conferencias, conversaciones de la vida cotidiana, comentarios tranquilos que se deslizaban en los ambientes en que se movía su autora (a veces charlas con su portero), pero de ahí a calificarlos de políticos media un paso muy largo. Y la guinda en otras palabras de su hija: “Ella siempre iba con traje pantalón. Y la miraban de arriba abajo porque la mayoría eran sacerdotes. Les parecía un escándalo”. ¡Por Dios! Es verdad que solía ir vestida así, pero pensar que eso podía escandalizar a alguien por aquel entonces solo provoca risa. Y sacerdotes en toda aquella redacción solo había uno, probablemente más avanzado ideológicamente que ella.

Uno llega a la conclusión de que a la Editorial Católica y sus diarios se les tergiversa cuando no se les ningunea. Solo hay que ver cómo se habla aquí de todos los periódicos de Madrid, de la época del *Ya*, en comparación con el escaso aprecio que se hace de este. Por supuesto, no se tiene en cuenta que *El Debate* ya tuvo colaboradoras informativas y que la Escuela de Periodismo de este diario tuvo varias chicas que cursaron estudios en sus aulas (antes de 1936). Tampoco tiene demasiada culpa la autora del libro, porque se habrá inspirado en muchos de los libros y artículos que se publican y que caen en el mismo defecto. Algo que nos duele a muchos.

Juan CANTAVELLA BLASCO

Universidad CEU San Pablo (Madrid)

**GARCÍA SÁNCHEZ, Javier**, 2006: *K2*. Barcelona, Planeta, 464 páginas.

“Cada vez es menor el número de quienes conmigo suben hacia montañas cada vez más altas”, dice Zaratustra en *Ecce Homo*, una frase que muy bien podría reflejar el espíritu de esta novela, la historia de una tormentosa escalada a la cima más difícil de la Tierra, el K2, en 1993. La tormenta no es sólo meteorológica -que también, y en grado sumo, como suele ocurrir en cualquier ochomil- sino que envuelve al protagonista en una suerte de angustia psicológica, metafísica, sentimental y, por supuesto, filosófica. No en vano Nietzsche, precisamente, está presente en sus páginas con otra de sus metáforas de altura: “Si miras demasiado tiempo al abismo, el abismo te mirará a ti” (p. 151).

Pero vayamos por partes. La novela puede considerarse, en primer lugar, el relato de un reto deportivo. ¿Un reto real? -cabría preguntarse-. Y la respuesta no puede ser más que ambigua. No es, ciertamente, una historia de ésas que se podrían subtítular con la consabida etiqueta de “basada en hechos reales”, de las que tenemos escalofriantes ejemplos en el mundo del alpinismo (*Mal de altura*, de Krakauer, sin ir más lejos, sobre la trágica ascensión al Everest de 1996 en la que participó al escalador-reportero, que volvió para contarlo). García Sánchez se guarda muy bien de aparecer como personaje real y de presentarnos los hechos como reales, dejando todo el peso de la narración en manos de un ficticio protagonista, a la vez escultor, fotógrafo y aficionado a las altas cumbres. Ahora bien, por el libro circulan una ingente cantidad de datos, situaciones y personas de carne y hueso que tienen su nombre inscrito para siempre en la historia de las ascensiones al Karakorum, donde se encuentra el K2, en las estribaciones del Himalaya, entre Pakistán y China. Y no sólo en ella, pues en estas páginas encontramos también referencias a gestas reales que se sitúan a lo largo y ancho de todo el planeta: Andes, Alpes, Antártida, Norteamérica, Australia...

El procedimiento narrativo del que se vale García Sánchez con su escultor-alpinista es similar al que ya nos ofreció en *El Alpe d'Huez* con su médico de equipo ciclista que sigue la etapa de un corredor ficticio en medio de un escenario real entre personajes que han sido también leyendas reales del deporte. Los esforzados escaladores, allí sobre dos ruedas, aquí lo son sobre un hielo que, en más ocasiones de las que nos imaginamos (un tercio aproximadamente), se los traga literalmente, para luego, a veces y al cabo del tiempo, devolverlos, en muchas ocasiones, intactos, pero, desde luego, no sanos ni salvos, ni, mucho menos, vivos. En uno de los pasajes del libro el protagonista expresa en las laderas del Chogolisa el temor a toparse de pronto con el cadáver de Hermann Buhl, un escalador real desaparecido en la nieve, “tal como estaba hace medio siglo, cosa que a veces ocurre años después de un fatal accidente, cuando los glaciares se mueven”. Y añade:

Este temor les sobreviene a todos los alpinistas, sin excepción, cuando pisan una montaña que aún no ha devuelto a sus muertos ilustres. Es más estoy seguro de que a tenor de la ruta que seguí, posiblemente estuve a escasos metros de Hermann Buhl, es

decir, sobre él. Por ello, y no sólo por llevar cuidado, uno camina por tales sitios como si levitase (pp. 70-71).

Pese a compartir procedimiento, en ese sentido de que es alguien ficticio quien relata los hechos sobre el terreno que acabamos de describir, los deportes de ambos libros -ciclismo y alpinismo- distan mucho de ser comparables en dureza. Y así lo manifiesta el escalador-escultor-fotógrafo, que ha sido, casualmente, también cicloturista. En una de sus innumerables y prolijas reflexiones que pueblan estas páginas, casi le “entra la risa” cuando ve que a los primeros se les llama “titanes de las cumbres”, “héroes de la montaña” y epítetos por el estilo (p. 121). No, la dureza de la montaña no es comparable a nada. El frío, que llega prácticamente en todos los casos a partir de cierta altura y de cierto tiempo en el hielo a la congelación y, en muchos de ellos, a la amputación de miembros, no es la única condición adversa que deben soportar quienes se atreven con las grandes cimas. Junto a él, inseparablemente, siempre están la debilidad, la imposibilidad de dormir, la soledad, el dolor que producen unos cristales de hielo que se clavan por fuera en la cara y por dentro en la garganta, y una falta de oxígeno que provoca alucinaciones, auténticos delirios casi siempre fatales. Muchos de ellos son descritos aquí con auténtica crudeza, tanto en primera persona como referidos a los maltrechos cuerpos de otros compañeros de fatigas. De Dick Renshaw, otro de los montañeros reales que aparecen, dice por ejemplo que, descendiendo el Dhaulagiri, “se quitó los guantes apenas medio minuto para meter con precisión un clavo y así poder empalmar la cuerda”. “Ya tenía síntomas de congelaciones –continúa-: endurecimiento e insensibilidad en las manos, pero fueron sólo unos breves momentos en los que además se echó el aliento en las yemas para aliviarse”. Y concluye con una aterradora imagen, fruto a la vez del desgaste físico y mental: “Poco después, en la tienda, y mientras comía con fruición un trozo de chocolate, se dio cuenta de que estaba mordisqueando las puntas de los dedos, que asemejaban tan duros, negros y helados como la tableta de chocolate” (p. 35).

Escenas como ésta, y aún peores, son comunes en el libro. Pero, pese al dolor y el horror que produce la certeza de la muerte o de la mutilación, la poesía en ocasiones se abre paso, aunque sea como preámbulo de la desgracia. Los estados carenciales del cerebro provocan a veces bellísimas imágenes que precisamente por ser bellas tienen el despiadado poder de dejar al escalador inerme frente a las inclemencias, de bloquearle y mantenerle sin poder de reacción, sin voluntad para hacerlo, sumiéndole en un estado de total indolencia ante la perspectiva de un final engañosamente dulce:

Vi figuras como paralelepípedos que se deshacían. Vi ciudades de fósforo en miniatura. Ardían y dejaban de arder al ritmo de un parpadeo. Vi ríos que caían del cielo y pirámides de cristal que entraban por la boca de una libélula gigante. Vi llover sal de color dorado. Aunque en ningún momento me llevé a la boca aquel polvo áureo, yo sabía que era sal, eso es lo más desconcertante (p. 348).

Junto a los pasajes de la montaña, que se suceden en la memoria del narrador

protagonista, hay un presente que es una historia de amor. El alpinista, ésta vez en su papel de escultor, conoce a Julia en una exposición en la que ella se queda prendada ante una obra de él, piramidal, blanca, que representa, cómo no, al K2. A partir de ahí se alternan los recuerdos con ese presente en el que él renuncia a la escalada por ella, y pasa a considerarla su cima por conquistar, por conquistarla a diario a pesar de años de convivencia. Es, quizá, la parte más floja de la novela. Una historia paralela que no alcanza ni la profundidad, ni la altura – es obvio decirlo- de la parte relativa a las grandes cumbres. Los celos retrospectivos y también tormentosos que describe, por ejemplo, no llegarían a ser ni un repecho frente a las cimas literarias alcanzadas por auténticos expertos; por un Proust, pongamos por caso.

No, la grandeza de este libro no está ahí. Su indudable mérito reside en el terrible carácter exhaustivo con que están descritas la física, la geología, la fisiología y la religión de unas montañas tan vivas como estáticas y tan hermosas como criminales. Unas montañas que seducen almas y que son capaces de dejarse coronar sólo para poder matar al alpinista en el descenso. Recuerdo que mientras leía este libro por primera vez se produjo la muerte de Sir Edmund Hillary. En ese momento no pude dejar de acordarme de Mallory, cuyo cadáver fue encontrado cerca de la cima del Everest. Todavía hoy no se sabe a ciencia cierta quien coronó primero el techo del mundo, porque no se ha podido determinar exactamente si Mallory murió subiendo o bajando. Se sospecha que murió durante la ascensión, aunque no puede dejar de inquietarnos la posibilidad de que, como tantos otros, encontrara la muerte en el descenso, y con ella la negación de la gloria, el secreto y el silencio.

Sí, la grandeza está, en efecto, en el halo metafísico que rodea toda ascensión. A partir de la ciencia, con los pies en el suelo, García Sánchez ha sabido elevarse hacia mundos a la vez más abstractos y más etéreos. “Galileo –dice- pensaba que el universo es un libro abierto cuya lengua son las matemáticas”. “Poincaré –añade- que las matemáticas son la lengua del hombre cuando estudia la naturaleza” (p. 177). Y concluye: “...en el K2 la matemática y la física son el lenguaje que el hombre usa cuando se enfrenta al dilema de Dios, si entendemos ese concepto como estructura suprema de todo, y no en sentido estrictamente religioso o espiritual”.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid

**GIL GONZALEZ, Juan Carlos**, 2006: *Evolución Histórica y Cultura de la Crónica Taurina. De las primitivas reseñas a la crónica impresionista*. Madrid, Miranda Editorial, 212 págs.

Es éste un libro ambicioso que viaja en el tiempo para encontrarse con “los primeros textos que tenían las características propias de este género historiográfico”. Es también un *primer libro* y Juan Carlos Gil, que es torero de corazón, ha hecho una faena muy digna. Ambos sabemos que escribir y enseñar no es otra cosa que torear un toro negro de pitones astifinos, que hoy te pega una cornada y mañana te eleva a la gloria. Pero éste no es un libro de toros, sino un trabajo académico, dirigido por el profesor Manuel Bernal Rodríguez. Está dividido en dos partes: en la primera se dedica a reflexionar sobre los géneros periodísticos, en general. La segunda la dedica a la crónica taurina, en particular.

Dice, y dice verdad, que “la terminología, *géneros informativos* (noticia, reportaje, informe y despacho de agencia...); *géneros para la solicitud de opinión y el comentario* (artículos, columnas, críticas, editoriales...) y *géneros híbridos* (crónicas y reportajes interpretativos) está caduca” (p. 45). Intenta también desbrozar la selva de aproximaciones que se han hecho para comprender y definir el género crónica. Pero esta es una labor difícil porque hay que seleccionar y eliminar una serie de referencias bibliográficas que se han quedado obsoletas, académicamente hablando.

Pasa de puntillas sobre el concepto interpretación, concepto que muchos confunden con la opinión. Aquí hablamos de la *crónica taurina* y hablamos de la “narración directa e inmediata de una noticia con ciertos elementos valorativos”: un texto que, generalmente, por no decir siempre es informativo y aporta también la impresión subjetiva (la opinión) del cronista en relación con la experiencia estética que ha vivido en la plaza de toros. Sabemos que el relato taurino tiene lugar en un escenario donde lo que cuenta es el sentimiento, no la racionalidad; así que, a la hora de la verdad, nos encontramos con textos muy subjetivos con visiones parciales, partidistas, conscientes o inconscientes de una realidad que es patrimonio de todos y de nadie en particular y no sólo en lo que se refiere al relato taurino.

Juan Carlos Gil, profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, es un hombre providencial en el ámbito del periodismo taurino, (como lo es también su maestro, el profesor Manuel Bernal Rodríguez). Acaba de recibir el Premio Extraordinario de tesis doctoral *La crónica periodística de Antonio Díaz-Cañabate. Desde la crónica impresionista hasta su consolidación como fenómeno mediático*, en la convocatoria 2005/2006.

María Celia FORNEAS FERNÁNDEZ  
Universidad Complutense de Madrid

**GONZÁLEZ, Enric**, 2007: *Historias del calcio*. Barcelona, RBA, 255 págs.

Dicen que no es posible hablar de Italia sin hablar del *calcio*, es decir del fútbol, un deporte que los italianos afirman haber inventado a partir de las batallas campales con balón nacidas en la Florencia medieval. En este juego, con altas dosis de pasión, fraude, dinero y disparate, se han volcado muchas de las características políticas, económicas y sociales del país hasta convertirlo –se dice en la contraportada- “en un complejo mecanismo de símbolos, un código social y, en último extremo, un lenguaje con el que un país antiguo y escéptico expresa su vieja sabiduría”. Enric González, corresponsal de *El País* en Londres, París, Nueva Cork, Washington y Roma, publicó desde esta última ciudad una serie de crónicas -o de columnas, más bien si queremos ser fieles en la descripción del género- entre 2003 y 2007 que son las que se recogen en este volumen. La suya pretende ser una visión una visión desordenada y tragicómica de una sociedad capaz de perdonarlo todo, “menos el mal gusto y una derrota en un derbi”.

Cabría preguntarse en primer lugar si una serie de textos, escritos para ser publicados, y por lo tanto leídos, una vez a la semana no llegan a cansar al ser presentados así, todos juntos. Además estos artículos se publicaban los lunes, el gran día de la información deportiva, con la actualidad cercana del fin de semana sirviéndoles de inspiración. Una vez desgajados de ese contexto se podría temer que muchas de sus gracias, ironías, chistes, exageraciones y demás ingredientes que los componen carecieran de interés al haber pasado la actualidad inmediata y ser leídos en otro país. Nada de esto ocurre. Los textos se muestran frescos, desde el primero al último, se pueden leer seguidos sin ningún problema y se entienden perfectamente cada uno de sus guiños, prueba evidente de la habilidad del autor para convertir lo local, o lo nacional en muchos casos, en universal. Porque además, no se puede negar, si hay un deporte universal, ése es el fútbol.

Del viejo lastre cultural que acompaña a todos los futbolistas (o a casi todos) en todos los países, en el sentido de que no es compatible la lectura con la práctica del balón hay chistes contados por el propio Totti, una estrella del *calcio* a quien no parece que le guste en exceso leer. Están contados, además, con total naturalidad, sin ningún tipo de complejo, en un libro del jugador citado en una de las columnas de González. Por ejemplo:

“La noticia aparece en los diarios: ‘Incendio en la biblioteca de Totti, destruidos los dos libros’. Totti está desesperado: ‘¡Aún no había terminado de colorear el segundo!’”

Muchas de las historias, como “Tottimanía”, de donde está extraído el fragmento anterior, están dedicadas a un jugador de forma individual. Los que aparecen, como es natural, son en su gran mayoría italianos; aunque, como es natural también, siempre se cuelga algún brasileño. Así, en estas páginas podemos ver a Del Piero (p. 24), Zoff (110), Rivaldo (26), Cassano (40), Vieri (31), Di Canio (92)... Pero la galería de personajes no se acaba con los jugadores, también incluye a unos políticos que, como

siempre, y más en Italia, no salen muy bien parados. Del más célebre corrupto de todos ellos, Berlusconi, hace una irónica semblanza de la que vamos a reproducir algunos párrafos porque sirve muy bien como ejemplo del tono general del libro. “Sopa de ganso” se titula:

“Es día de fútbol en Italia. Se disputa un gran encuentro entre los dos equipos, Juventus y Milán, que encabezan la clasificación. El primer ministro Berlusconi acude al estadio. Y le apetece reunirse con los árbitros antes del partido. Como es el que manda, lo hace. Resulta que además de presidir el Gobierno y de ser el hombre más rico del país, es dueño del club anfitrión, el Milán, pero no pasa nada: ¿quién podría pensar mal? Berlusconi es un hombre de honradez acrisolada, tan empeñado en la regeneración del país que ha despenalizado la falsificación de balances y se ha declarado a sí mismo por encima de la ley”.

“Acaba el partido y recomienza *Sopa de ganso*. Un ministro del presidente Berlusconi afirma que el fútbol y la seriedad contable son incompatibles, y que así debe ser. Faltaría más” (pp. 28-30).

En la historia titulada “El hombre impasible” el libro cuenta otra de las escenas que definen al personaje. Justo en el momento de escribir estas líneas (abril 2008) se acaban de celebrar elecciones en Italia y Berlusconi ha vuelto a salir elegido. ¡Pobre *calcio*! Las líneas que reproducimos se refieren a la final de la Eurocopa de 2000, entre Francia e Italia, donde los transalpinos perdieron por 1-0 con Zoff como seleccionador:

“*Il Cavaliere* Silvio Berlusconi, que carece de las virtudes de Zoff y aquel día tuvo necesidad de demostrarlo, hizo unas declaraciones furibundas contra aquel seleccionador ‘aficionado’ que no había sabido ‘frenar’ a Zidane. Zoff, dijo Berlusconi, ‘era una vergüenza’.

“Esas cosas no se le dicen a Zoff. “Me han faltado al respeto como trabajador y no puedo consentirlo”, explicó el hombre impasible a la mañana siguiente. Y se fue. Berlusconi, como de costumbre, negó haber dicho lo que había dicho, pero el asunto fue portada en todos los periódicos, incluyendo uno tan ajeno al fútbol como el *Financial Times* de Londres” (p. 111).

Con todo, Berlusconi no es el único político que sale malparado en estas páginas. La corrupción en una mezcla que amalgama fútbol y cargos públicos de absolutamente todos los partidos. Salvatore Buglio (Demócratas de Izquierda), por ejemplo, “pidió una investigación parlamentaria sobre el fiscal Guariniello y el juez Casalbore, responsables de haber condenado a la Juventus por dopar a sus jugadores entre 1994 y 1998” (p. 114). La petición fue secundada por un diputado de Forza Italia. Ambos mantenían que la Juventus está por encima de la ley, “porque es un nombre conocido en todo el mundo y arruinar su imagen es arruinar la imagen de Italia”. Al despropósito se unieron también otros cuatro políticos de Forza Italia, uno más de Demócratas de Izquierda y otros de La Margarita, Alianza Nacional, Liga Norte y Comunistas Italianos.

Tan preocupante como la corrupción política es la irrupción del fascismo en los estadios italianos. Los símbolos nazis y antijudíos no son ninguna novedad. Pero a partir de 2005 estas manifestaciones empezaron a tener eco en el césped. Di Canio, duro jugador del Lazio romano, saludó tras un partido a la grada brazo en alto, tras haberse empleado ese día de una forma especialmente expeditiva. Desde entonces fue el símbolo del juego viril lazial y le llovieron homenajes y parabienes de sus fieles seguidores neofascistas en un estadio que mantiene un obelisco en memoria de Benito Mussolini. El jugador, que lleva la palabra *Dux* tatuada en el brazo, ha sido capaz de ser suspendido durante once partidos por agredir a un árbitro, pero también de dejar de marcar un gol cantado porque vio que el portero se había hecho daño. Bajo su camiseta, otra que dice: “Existen sólo dos formas de volver del campo de batalla, con la cabeza del enemigo... o sin la propia” (p. 93).

Políticos, jugadores... pero hay más, claro. Falta un estamento esencial, el de los dirigentes. Dentro de ellos destaca Luciano Moggi, director general del Torino entre 1991 y 1993, época en la que los árbitros parecían mirar con especial cariño a ese equipo. Cuando el club quebró los jueces se interesaron por ciertos gastos no identificados y el contable declaró sin tapujos que había que pagar las prostitutas y los regalos para los árbitros y que de todo ello se encargaba el citado dirigente. Moggi, en esta historia deliciosa por la aparente y enternecedora ingenuidad infantil del protagonista titulada “Pregúntele a Luciano”, expresó gran extrañeza al descubrir todo aquello. Él siempre había estado convencido de que las señoritas que contrataban eran “traductoras-acompañantes” (p. 108). Y qué menos podía hacer el Torino que “traducir-acompañar” a los árbitros, sobre todo los extranjeros.

Y para que estén todos, no nos podíamos olvidar de los aficionados. En ocasiones han protagonizado escenas violentas, peleas, desordenes... como en cualquier estadio del mundo, pero en el *calcio* se han dado casos que no es fácil ver en otras ligas, ni entre los *hooligans* cuando salen de Inglaterra, ni entre las barras bravas argentinas. En la historia titulada “Tarde de tregua” (p. 119-120) se repasa el caso de Matteo Saronni, un hincha interista de 26 años que cuatro años antes había arrojado ¡un ciclomotor! desde la grada de San Siro (uno lo primero que se pregunta es cómo logró subirlo hasta ahí, circunstancia que no se aclara en el artículo). Ahora estaba procesado por lanzar bengalas (algo desde luego menos increíble y por supuesto mucho más fácil de transportar). Ante ello Enric González reflexiona: “la lógica judicial no quedó clara. ¿Era peor tirar una bengala que tirar una moto? ¿Había cambiado la ley entre 2001 y 2005? ¿Era la mecha el elemento delictivo? ¿Podrá Saronni lanzar un Fiat Panda cuando vuelva al estadio?”

Como se ve todos son excesos en Italia. “Nadie es tan imaginativo tan farsante y tan estupendo”, dice el autor en su introducción (p. 12), en la que explica las condiciones en las que escribía su colaboración semanal para *El País*. Siempre después de los partidos del domingo, siempre en lugares insospechados, siempre de forma improvisada y siempre confiando en que la espontaneidad pudiera suplir otras

deficiencias. En eso no se equivocaba. No hay deficiencias, y sí una gran frescura, la de un ojo capaz de captar al vuelo el carácter de un país a través del fútbol.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA

Universidad Complutense de Madrid

**HERNANDO, Bernardino M., 2007: *La corona de laurel. Periodistas en la Real Academia Española*. Madrid, Asociación de la Prensa de Madrid, 918 págs.**

Este libro del profesor Bernardino M. Hernando es un trabajo espléndido, hecho con el rigor documental de un investigador universitario, con la minuciosidad de un entomólogo y con la devoción literaria de un poeta exquisito. Una vez que han quedado debidamente establecidos estos datos para la historia cultural de nuestros días, podemos pasar ya al análisis detallado de esta obra.

Previamente, y para mejor comprensión del impulso creador de este libro, creo que es útil dejar aquí reseñados unos sucintos rasgos extraídos de la biografía del autor. Bernardino M. Hernando, actualmente jubilado como docente, ha sido hasta hace un par de años profesor titular de la asignatura *Redacción Periodística* en la Facultad de CC. Información de la Universidad Complutense de Madrid, donde ejerció magistralmente tareas educativas desde la década de los 70. En 1987 alcanzó el grado de doctor en periodismo en esta universidad con un magistral trabajo titulado *Lenguaje periodístico. Vocabulario comparado de los periódicos de Madrid*. Durante sus años universitarios en la UCM, el profesor B. M. Hernando estuvo siempre vinculado al Departamento de Periodismo I y fue el editor-coordinador de esta revista que nos acoge –*Estudios sobre el Mensaje Periodístico*– entre los años 1994 y 1997, período correspondiente a la primera etapa de la publicación. Desde noviembre de 1992 es vocal de la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid y desde finales del 2007 desempeña el cargo de archivero-bibliotecario en esta junta colegial. Su trayectoria profesional es igualmente relevante y dilatada: director de las revistas *Vida Nueva* y *Sociedad-Familia*, redactor jefe del diario *Informaciones*, de Madrid, durante la segunda época, y colaborador de varios periódicos, agencias de prensa y emisoras de radio. En su colección de galardones profesionales figura el Premio Luca de Tena correspondiente al año 1991. Ha publicado unos cinco mil artículos periodísticos y libros con variados enfoques temáticos que responden también a diversos géneros literarios: narración, biografía, ensayo y poesía.

La primera dificultad con la que se topó el autor a la hora de decidir el contenido concreto del libro fue la decisión acerca de quiénes, siendo académicos de la Española, debieran ser también considerados periodistas. Efectivamente, declara B. M. Hernando, en pocos de los escritores anteriores a nuestra época podremos distinguir con claridad y sin dudas su condición periodística. “Y no por defecto -añade-, sino por exceso: todo los escritores españoles, desde el siglo XVIII, han tenido algo que ver con el periodismo, y la inmensa mayoría han publicado textos en los periódicos. Si consideráramos periodistas a cuantos han escrito en los periódicos llegaríamos al absurdo de descubrir que no sólo todos los académicos fueron periodistas, sino que lo fueron también todos los miembros del gobierno de turno. Y de casi todas las asociaciones por remotamente culturales que fueran. Al amparo de tan elástico acogimiento se ha llegado a llamar a la II República Española *república de*

*periodistas*”. Consecuentemente, y para superar esta dificultad inicial, el autor dedica el primer capítulo de su trabajo a una labor de deslinde y tipificación conceptual de la actividad profesional de los periodistas, lo que le lleva finalmente a elaborar un catálogo preciso de casi un centenar de preclaros hombres de letras españoles situados entre de los siglos XVIII y XXI en quienes concurre de modo indubitable esta doble consideración social: la de ser periodistas a la vez que miembros de número de la Real Academia Española.

La Academia nació entre 1713 y 1714 como resultado del acuerdo surgido en una tertulia de ocho amigos bien avenidos entre sí y relacionados con el poderoso marqués de Villena. Desde sus comienzos no ha sido tarea difícil saber quiénes son en cada momento los académicos. No ha ocurrido lo mismo históricamente con los periodistas. Bernardino M. Hernando alude, en los comienzos de su obra, a las complicaciones documentales para alcanzar este designio: “la enojosa tarea de averiguar quién es periodista”. Esta dificultad fue especialmente grave durante todo el tiempo en que la actividad periodística era un ejercicio literario libre e individual que no contaba con ningún respaldo colegial o corporativo, situación que se mantuvo hasta 1895, año en que se funda la Asociación de la Prensa de Madrid (APM). Es decir: el investigador tenía ante sí casi 200 años de desfase institucional entre la RAE y los colegios profesionales. Pero, por otra parte, la aparición, primero, de las asociaciones de la prensa y, posteriormente, de los sucesivos registros de profesionales no le ha servido para mucho en más de una ocasión. Sirva como ejemplo el caso de Eugenio D’Ors. Elegido académico en 1927 e ingresado en 1938, fue presidente de la Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona (1920) y vicepresidente de la Federación de la Prensa de España (1922-1926). No obstante, el autor, con excelente criterio, no incluye a este pensador catalán en la nómina de periodistas-académicos estudiados en su libro. El genial glosador, “especialista en ideas generales”, no fue nunca, propiamente hablando y más allá de todas las polémicas suscitadas en su día, un verdadero periodista profesional, sino un excelente colaborador de prensa más o menos habitual, un escritor para periódicos, un publicista en el sentido de la tercera acepción prevista para este vocablo: “persona que escribe para el público generalmente de varias materias” (DRAE, 22ª ed.). Otros académicos ninguneados en este canon de B. M. Hernando, por razones análogas a las utilizadas con E. D’Ors, son M. Menéndez Pelayo (que ingresó en la APM en 1902), Miguel de Unamuno, Ramón Menéndez Pidal (también ingresado en la APM en 1902), Francisco Rodríguez Marín, Salvador de Madariaga, José María Pemán (inscrito en Registro Oficial de Periodistas, ROP) y Guillermo Díaz-Plaja (que figura también en dicho ROP).

Una vez desbrozados todos los obstáculos metodológicos aquí someramente apuntados, *La Corona de Laurel* selecciona un total de 96 nombres a quienes el prof. M. Hernando considera titulares de un doble mérito cultural: ser periodistas y académicos numerarios. De éstos, seis académicos periodistas están situados cronológicamente en el siglo XVIII -“El Siglo de las Luces”, cap. 2; El siglo XIX, cap.

3; “El siglo de la política”- acumula un total de 48 “inmortales”, la cifra más alta de literatos aquí reseñados. Y el recientemente agotado siglo XX -”El siglo del periodismo”, cap. 4 y último de este libro- se apunta la cifra de 42 autores. (Entre estos 42 periodistas del siglo XX hay que incluir a Pérez-Reverte, ingresado en la docta casa en los primeros años del siglo XXI, exactamente el 12 de junio del 2003). Parece que para la denominación peculiar atribuida a cada uno de estos siglos, el autor se ha podido inspirar en una cita de Alonso Zamora Vicente, del año 1999, recogida en el primer capítulo: “En el siglo XVIII (la Real Academia Española) era aristocrática ya que esa era la casta social que poseía la cultura; en el XIX responde a una sociedad variopinta pero vacilante; en el XX surge la Academia de los universitarios, en el siglo XXI veremos la Academia de la información”.

Bernardino M. Hernando analiza detenidamente la figura de cada uno de este centenar de personajes de la historia cultural española desde un enfoque narrativo propio de la modalidad reporteril llamada perfil o semblanza biográfica, es decir, un bosquejo con la descripción física o moral de la persona seleccionada, una biografía incompleta en la que se recuerdan los hechos más importantes de la vida de nuestros periodistas-académicos. Estas semblanzas, como norma general, ofrecen dos aspectos distintos del currículum de cada personaje: su perfil profesional como periodista y su perfil como académico de la RAE. La doble entrada en esta especie de enciclopedia especializada que es, a la postre, *La Corona de Laurel*, permite entender la presencia en el libro de autores que, de acuerdo con los criterios de selección utilizados por el autor para académicos como Eugenio D’Ors, no debieran figurar en la nómina total de la obra. Estoy pensando, por ejemplo, en el cuarteto de académicos que B.M.H. engloba dentro de un sugerente epígrafe -“Un periodismo falangista residual”- y en el que aparecen incluidos Zunzunegui, Torrente Ballester, Camilo J. Cela y José García Nieto. De entrada, muchos profesionales y expertos teóricos del periodismo de nuestros días (yo mismo me incluyo en este pelotón de reticentes) se resistirían a considerar periodistas a los cuatro académicos mencionados. Craso error: la lectura de las semblanzas correspondientes nos lleva a la conclusión de que la presencia de estos nombres en el libro está perfectamente justificada: A este periodismo falangista residual, apostilla B. M. Hernando, “podríamos llamarlo *periodismo de juventud* porque lo fue en el caso de Zunzunegui y Cela. No así, o por lo menos no en la misma medida, en Torrente Ballester y García Nieto, cuya vida profesional iba por otros caminos, aunque estuvieron siempre en relación con el periodismo. Los cuatro tuvieron su carné profesional de periodistas y tres de ellos (Torrente, Cela y García Nieto) fueron asociados de la APM. Ya sabemos que la pertenencia a la APM o la presencia en el Registro Oficial de Periodistas no es garantía de casi nada, pero es preciso tenerlo en cuenta”. Efectivamente, los perfiles profesionales de los cuatro “falangistas residuales” demuestran sobradamente que es correcta su inclusión en el reparto final de esta *Corona*.

De todo el repertorio de autores analizados, yo deseo hacer aquí una mención

especial de Miguel Delibes. Por dos razones fundamentales: porque considero que él es el paradigma más claro y ejemplar de la concurrencia armónica en sí de las dos dimensiones analizadas en el libro, y porque el periodista Delibes fue nombrado Doctor *Honoris Causa* por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense a propuesta, precisamente, del Departamento de Periodismo I, responsable de la publicación de la revista universitaria que tenemos entre las manos. (A propósito de esto, ofrezco aquí una pequeña rectificación a los datos de la nota 275, página 845: la investidura de Delibes como Doctor *Honoris Causa* por la UCM no fue el 28 de junio de 1988, sino el 26 de junio de 1987).

En la obra conjunta de Miguel Delibes aparecen claramente diferenciados los aspectos periodístico-profesionales de los empeños novelístico-literarios del escritor. Manuel Leguineche sintetizó perfectamente esta capacidad cartesiana que se detecta en la vida del escritor vallisoletano: “Miguel era un hombre universal, catedrático en la Escuela de Comercio por la mañana, periodista por la tarde, novelista por la noche. Todo sin salir de Valladolid...”. Desde mi punto de vista, a lo largo de la actividad periodística y literaria de Delibes hay siempre presente un decidido propósito de delimitar de forma clara y distinta lo que hacía como periodista, al frente de *El Norte de Castilla*, de lo que hacía como autor de sus obras de ficción. “La diferencia que nos ocupa -escribí yo con motivo de la *laudatio* en su investidura- está entre el Delibes que escribe novelas y artículos de ensayo, por un lado, y el Delibes que por otro lado toma decisiones acerca de los contenidos, las fuentes y la forma concreta de esos mensajes colectivos que llamamos noticias, pues precisamente en esto tan aparentemente sencillo consiste ser periodista: en tomar ciertas decisiones profesionales en virtud de las cuales determinados hechos sociales van a convertirse en noticias para miles de ciudadanos”. Es indudable que Delibes entró en la RAE por su obra como escritor de textos de ficción, en los que aparece de forma deslumbrante su maestría para resucitar materiales léxicos prácticamente desaparecidos del habla urbanita de nuestros días: voces de tipo rural, de pájaros, de vocablos relativos a la cinegética o a la pesca. Y también es cierto que él nunca se ha considerado un académico de despacho, experto en gramática y lexicografía. Es más, desde hace ya 25 años ha manifestado cierto grado de desencanto por su experiencia en la Casa: “No me divierte nada la Academia. Hasta el punto de cada vez voy menos a las reuniones semanales” -decía en 1983-. Pero también es incuestionable que este “académico de escaparate”, con 88 años sobre sus espaldas, es para todos nosotros, según apunta acertadamente Bernardino M. Hernando, “un referente vital y ético. Por fortuna para todos”. Y no solamente es un referente por su legado como novelista, sino también por su actitud profesional, haciendo frente a la censura de prensa en su etapa periodística de los años 50 y 60 frente a los ministros del ramo, uno de ellos Fraga Iribarne. También es bueno recordar aquí el magisterio de Delibes en el campo de la escritura. “Cualquier pecado es disculpable en el lenguaje periodístico -señalé en la *laudatio* citada- excepto el de la oscuridad en los conceptos. Y Delibes es un maestro en el arte de decir cosas claras y

precisas, sin asomo de ambigüedad por parte alguna. Él, además, llega eficazmente a este ideal de claridad mediante una prosa casi ascética, desvestida y sin galas: tanto mejor, por tanto, para quienes deseáramos escribir como él lo hace”.

Finalmente, debemos agradecer y felicitar a los periodistas de la junta directiva de la asociación madrileña, la APM, por su preocupación en estimular y promover obras de investigación como este impagable libro del profesor M. Hernando. Hace dos años, y con el mismo sello editorial, se publicó *La Casa de los Periodistas. Asociación de la Prensa de Madrid. 1895-1950*, primera parte de una trilogía monumental de Víctor Olmos sobre los profesionales madrileños (véase la reseña de este otro libro en el núm. 13/2007 de *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, pág. 602-604). *La Corona de Laurel* viene a dar otra vuelta de tuerca en el esfuerzo corporativo por conocer las raíces históricas y los episodios más memorables de la historia colectiva de la profesión periodística. Uno y otro libro, además, no sólo atienden al legítimo interés de unos profesionales por conocer su pasado, sino que en estas páginas está también recogido el latido de toda la historia cultural, moderna y contemporánea, del pueblo español.

Ciñéndonos ahora exclusivamente a *La Corona de Laurel*, vale la pena repetir aquí la afirmación con la que iniciaba esta reseña bibliográfica: Bernardino M. Hernando ha llevado a feliz término una obra de colosal envergadura y lo ha hecho con el rigor documental de un profundo investigador universitario, con la minuciosidad de un entomólogo y con la devoción literaria de un poeta exquisito, un poeta que nunca deja de lado un delicado y austero sentido del humor. Enhorabuena al doblemente colega, como profesor y como periodista.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

**LAMUEDRA GRAVAN, María**, 2007: *Las historias de famosos en la sociedad mediática. ¿Por qué tantos, por qué ahora?*. Huelva, Diputación de Huelva. Servicio de Publicaciones, 138 págs.

María Lamuedra es doctora en Periodismo por la Glasgow Caledonian University y, actualmente, es profesora del Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid. Desde enero de 2006 coordina el proyecto I+D sobre noticias y ficción en TVE y la BBC que desarrolla el grupo de investigación GITEP de la citada universidad, liderado por el profesor Agustín García Matilla.

Este estudio engloba un trabajo de campo con 100 participantes británicos y españoles acerca de las narrativas con más éxito de las revistas femeninas semanales de España y Gran Bretaña. El estudio se llevó a cabo en el año 2002 y abarca informantes de todas las ideas y clases sociales, aunque con mayor proporción de mujeres, lo que se explica por la mayor presencia del género femenino entre los televidentes y sobre todo en el público de historias de famosos en revistas.

La celebridad como fenómeno se manifiesta rotunda en los medios de comunicación desde mediados de los noventa, aumentó exponencialmente, en estas fechas, por el aumento del tiempo dedicado a este género en televisión desde el éxito del espacio titulado “¡Qué me dices!”, que comenzó a difundirse en Telecinco en 1995, que, aunque dejó de emitirse en 1998, inauguró una nueva tendencia en televisión, y continúa a la venta la revista con el mismo nombre.

*La cultura de la celebridad* parece estar inmersa en el siglo XX y la democracia. Estudiar como ha cambiado el significado de la fama y los tipos de famosos es arrojar luz sobre cambios sociales y apuntar hacia ciertas tendencias que existen en la actualidad. La cultura de la fama va unida al nacimiento del cine, pero había empezado antes con el desarrollo de la fotografía y las agencias de noticias. Se necesita un estado de Derecho, una burocracia eficiente, un sistema social estructurado, un sistema económico que permita algo más que la subsistencia y una sociedad a gran escala. Ahora bien, a pesar de sus lujosos modos de vida, los famosos dependen de las elecciones que las personas corrientes hacen como consumidores, mediante las cuales se decide también quién es una estrella y quién no.

Hay un capítulo dedicado a Belén Esteban. Los valores y antivalores de este personaje han sido sometidos a un estudio de recepción por parte de los participantes españoles de clase media. Y es que el éxito de Belén Esteban responde a una lógica postmoderna. La postmodernidad es una era que atiende a la lógica de ese “capitalismo tardío” en el que existe un desequilibrio entre los valores base del capitalismo como la individualidad, iniciativa o la competencia, y los de la democracia, el respeto o la cordialidad (los valores cívicos). La postmodernidad es un concepto muy complejo, entre otras cosas porque distintos autores la definen de diferentes maneras y le atribuyen diferentes características.

Una cuestión capital (sobre la que merece la pena reflexionar) es si los medios tienen derecho a desentrañar verdades íntimas de los famosos, dado que este choca con el derecho a la intimidad de toda persona. Es una cuestión que se suele dirimir apelando a la libertad de expresión.

María Celia FORNEAS FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

**MARÍN, Carles**, 2006: *Periodismo audiovisual. Información, entretenimiento y tecnologías multimedia*. Barcelona, Gedisa, 188 págs.

Carles Marín es doctor en Filología Hispánica -especialidad de lengua española y medios de comunicación audiovisuales-, y licenciado en Periodismo, Filología Hispánica y catalana. Es profesor de Periodismo audiovisual y Tecnologías Multimedia en la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid) e investigador del grupo de Estudios Avanzados de la Comunicación en la misma universidad. En los últimos diez años ha escrito y dirigido programas para Antena 3, Televisión Española, Onda Cero, Ona Mallorca y Radio Nacional de España. Marín es autor de otros libros como *El Lenguaje de los informativos de televisión* y *La noticia audiovisual a través de la historia de la televisión*.

*Periodismo audiovisual. Información, entretenimiento y tecnologías multimedia* es una obra rápida, práctica y útil, escrita de manera sencilla que busca conectar con un público heterogéneo pero que tiene en la radio y la televisión el necesario nexo común. Como indica Matías Prats en el prólogo, “Carles Marín ha escrito algo más que un manual de periodismo audiovisual al uso y lo ha conseguido con un sencillo y certero método: desde el rigor del ámbito académico ha sabido abrirse a los lugares reales donde se fabrican los productos de información audiovisual que, aquí y ahora, reflejan lo que somos” (p. 15).

El libro consta de seis capítulos a través de los cuales el lector irá descubriendo parte del mundo audiovisual. Para facilitar la lectura y comprensión de la obra el autor divide la publicación en tres partes perfectamente identificables: introducción - historia-, teoría y análisis; y, tendencias.

Nacimiento del periodismo audiovisual. Origen y evolución de la radio y la televisión” (Capítulo 1) resume en algo más de veinte páginas el recorrido histórico tanto de la radio como de la televisión. Aunque pueda parecer poco espacio para tamaña intención el autor redondea acertadamente el reto. Desde un punto de vista crítico puede decirse que es innecesario para la *trama* del libro, ya que no aporta nada nuevo. A pesar de esto, también es cierto que puede ser una buena excusa para refrescar la memoria o introducir a los estudiantes en la apasionante historia de los medios audiovisuales.

En “Géneros radiofónicos y televisivos. Tipología” (Capítulo 2), Marín recoge con un estilo sencillo y directo, sin aspavientos ni palabras de más, los diferentes géneros radiotelevisivos necesarios para lograr los objetivos primordiales de los medios de comunicación en general: “llamar la atención del lector, espectador o internauta y captar su interés sobre lo que se pretende transmitir, con la finalidad de informar y entretener además de formar” (p. 59). El autor modela el capítulo en torno a dos grandes bloques: los géneros unipersonales y los géneros interpersonales. Del primero se describen, la noticia, el reportaje, el docunforme, el documental, el docudrama, la crónica, el editorial, el comentario, y, la crítica; mientras que en el segundo se aborda con la misma naturalidad, la noticia dialogada, la crónica de alcance, la entrevista de

declaraciones y de personalidad o profanidad, y, un subapartado de otros (el debate, la mesa redonda, la tertulia, la encuesta y la participación). Los géneros se explican de manera breve pero concisa y en algunos casos se aportan ejemplos que ilustran la teoría.

El tercer capítulo lleva por título “Tipos de programas para radio y televisión. El lenguaje audiovisual”. En él, se analizan los tipos-marco de programas que se incluyen en los medios para posteriormente (capítulos 4 y 5) estudiar de una forma integral dos de los programas radiotelevisivos estrellas: el informativo y el magacín. Para el estudio de los tipos de programas en radio y en televisión Marín desarrolla dos aspectos fundamentales y lógicos como son asentar los criterios para el diseño de programas (el tipo de canal, el horario, la periodicidad, la temporada, el público, el contenido, el género, la difusión, las secciones, y, los espacios publicitarios); y, definir las clases de programas existentes (informativos, de entretenimiento, formativos, persuasivos). En muchos casos tanto el subapartado de criterios como el de clases de programas están acompañados de ejemplos de actualidad que facilitan la comprensión de la teoría.

La parte más interesante del libro la componen los capítulos 4 (“El informativo de radio y televisión en la práctica. *Diario directo* de RNE y *Noticias* de Antena 3 TV); y, 5 (“El magacín de radio y televisión en la práctica. *A vivir que son dos días* de la Cadena SER y *El programa de Ana Rosa* de Telecinco”), donde se realiza una aproximación a varios espacios de radio y televisión.

A lo largo de estos dos capítulos, el lector observará cómo son estos programas, su organización, los elementos que los componen, los géneros que utilizan; y, las secciones de las que constan. Siendo Marín un conocedor de los entresijos de la programación por su dilatada experiencia se observa un trabajo de campo profesional para el que ha contado con explicaciones de responsables, directores y editores: “En definitiva, todo un recorrido global por estos espacios ofrecidos desde la confección real del día a día y minuto a minuto hasta el momento en que se emiten, cuando pasan a ser de dominio público. Sin duda un ejercicio para estudiantes de Ciencias de la Comunicación, pero también para profesionales y para todas aquellas personas interesadas en estas materias” (p. 108).

El doctor Marín finaliza la obra con el capítulo “Las tecnologías multimedia y el nuevo periodismo digital” donde, fiel al estilo sencillo y sin complicaciones con el que dibuja todo el manual, esboza las características de la comunicación digital; y, abre la puerta a algunas interpretaciones sobre las tendencias comunicativas del futuro.

Una de las críticas que se puede hacer a *Periodismo audiovisual* viene del lado de la bibliografía utilizada para la confección de la obra que se antoja un tanto anticuada, sobre todo para la elaboración del último capítulo. En resumen, se trata, como decía Matías Prats, de un manual sencillo y muy adecuado para estudiantes y profesores rezagados.

Jon MURELAGA IBARRA

Universidad del País Vasco (UPV-EHU)

**MERA, Montse, 2007:** *El periodismo de Álvaro Cunqueiro*. Lugo, Diputación Provincial de Lugo. 173 pp.

Un libro sobre periodismo es siempre una buena noticia y si la obra recupera la presencia de un gran periodista y escritor, la ocasión es de una doble alegría. Nos encontramos en un momento muy delicado en la vida cultural y, en especial, en la de los medios de comunicación. Los viejos maestros van desapareciendo y no aparecen otros nuevos. Y probablemente no sea porque se escriba peor, sino sencillamente porque se lee menos. La maestría no es un hecho objetivo, sino un título de reconocimiento, una valoración que sitúa a los lectores como voluntarios discípulos, como aprendices frente a aquel al que reconocen unos méritos superiores al de los demás. Difícilmente se podrán conceder títulos de valía cuando quienes los deberían conceder, abandonan su papel de jueces.

Por esto, la obra de Montse Mera tiene un valor añadido: la conservación del recuerdo de los grandes nombres del periodismo. Curiosamente -o quizá no tanto- son mayoritariamente los filólogos los que extienden el análisis crítico de la obra literaria hacia la prosa periodística. Parece que los periodistas, preocupados necesariamente por la actualidad, se olvidaran de aquellos que estuvieron ocupando sus lugares no hace demasiado tiempo. Sirva este momento para reivindicar una historia del periodismo español todavía por escribir; si me piden que precise, les diría que necesitamos una historia con menos fechas y con más estilo, una historia de la escritura periodística, de su evolución y de aquellos que la hicieron evolucionar, una historia con menos periódicos y con más periodistas. De los escritores no recordamos en nuestras historias sus casas editoriales, pero parece que, en el periodismo, los medios son los determinantes. Eso ha hecho que se pierdan los nombres y que nuestros jóvenes estudiantes de periodismo desconozcan absolutamente las personalidades que han marcado la escritura periodística, condenada a ser un capítulo aparte en los estudios de aquellos que duplicaron sus vidas ejerciendo la profesión periodística y la vocación literaria, y viceversa.

Sorprendentemente, se está escribiendo una historia del periodismo apenas sin periodistas. Quizá tenga mucho que ver que, generalmente, la familia periodística no es una familia bien avenida, poco dada al reconocimiento y más dada a la bandería. Evidentemente, la más perjudicada es ella, condenada a no poder tener un pasado en condiciones por pérdida constante de su valioso capital de escritores.

Porque, en última instancia, se trata de eso de escritores. Nos cuenta Montse Mera que a Cunqueiro el periodismo, su ejercicio diario, no le hacía demasiada gracia, aunque se pasara la vida en su mundillo. Hablábamos antes de “profesión periodística y vocación literaria”, porque a diferencia de otras profesiones —y hay escritores de todo tipo: abogados, médicos, ingenieros y hasta fontaneros—, siempre parece que hubiera una especie de maldición en este país: que al que le gustara escribir se le condenara a hacerlo en los periódicos. De ahí viene esa tonta polémica que da para

tantas conferencias, artículos y estudios sesudos: las relaciones del periodismo con la literatura.

En realidad, ambos son escritores. Los periódicos no son más que colecciones de textos, que tratan de cosas, unas ciertas y otras falsas, que creemos que ocurren, que han ocurrido o que van a ocurrir. El trabajo de Montse Mera tiene un interés especial para este eterno debate y que nos muestra la “solución-Cunqueiro”: El envés, la sección de Cunqueiro de la que se ocupa preferentemente el libro.

Cunqueiro había llegado a la conclusión de que en el mundo sobraba información. No le faltaba razón y creo que la sigue teniendo, a tenor de las avalanchas informativas sin sentido. Mucha información, demasiado rápida. En esto se adelantó a algunos teóricos de las Nuevas tecnologías. Pero la crítica de Cunqueiro no iba por ahí. Más bien le preocupaba la cortina de humo que la información teje sobre la realidad, cómo cuando más creemos estar viendo, menos estamos percibiendo. Desde donde se veía bien el paisaje era desde un tren de aquellos que llamábamos “expresos” o “rápidos” y que hacían en ocho o diez horas los trayectos que hoy recorremos en dos con nuestros trenes de alta velocidad.

Lo que hace Cunqueiro en su sección El envés es montarnos en un expreso y apearnos del AVE. Para ello recurre a todas las técnicas de dilatación, incluso podríamos decir que recurre al “antiperiodismo”. Y, si no, vean: elige noticias intrascendentes, atrasadas, utiliza los artículos como cartas a los lectores, se las inventa... En fin, hace todo aquello que se supone que un periodista no debería hacer. Bien, y ¿qué?, parece decirnos Cunqueiro, ¿tanta prisa tienen ustedes?

En realidad, el caso de periodistas literatos o de literatos periodistas debería dividirse de forma más realista: aquellos a los que le aburre la actualidad y aquellos a los que les apasiona. A los que les apasiona la actualidad, la llevan hasta sus novelas. En cambio, aquellos a los que les resulta profundamente aburrida, huyen de ella hasta en sus columnas periodísticas. Me temo que el caso de Álvaro Cunqueiro es de este segundo tipo: el hombre al que le aburre todo esto.

Cuando yo estudiaba a Cunqueiro en la carrera -como escritor, por supuesto-, se insistía mucho en vincularlo con el “realismo mágico” hispanoamericano. Gracias al libro de Montse Mera he comprendido que lo que practicó Don Álvaro fue el “periodismo mágico”, pues no es otra cosa el “envés”. Creo que Cunqueiro utilizó el término, según he podido apreciar en el libro, en dos sentidos principalmente. Uno de ellos se refiere a eso que se llama “el otro lado de la noticia”, es decir, enfocar de una forma distinta algo que ya es noticia. Sin embargo, hay un segundo sentido en su uso del “envés”: hacer noticia, es decir, llevar a su columna aquello que, según los criterios periodísticos habituales, nunca sería noticia. Aunque pudiera parecer lo mismo, creo que son dos aspectos profundamente diferentes y, sobre todo, complementarios de su forma de ver el periodismo. Este periodismo mágico, por analogía con la escritura de ficción, toma la realidad como un punto de entrada en algo que el periodismo, en su

afán de objetividad mal entendida, ha olvidado: que además de contar la actualidad, hay que entenderla y que esto no siempre es fácil.

El propio Cunqueiro nos dice: “un mundo mágico es el haz del mundo, que nosotros, los pobres mortales, estamos contemplando por el envés. Mago es quien sabe leer el anverso por los hilos del reverso” (p. 63). El envés es, pues, una operación de lectura del mundo: a través de lo perceptible, se explica lo imperceptible. La magia es la capacidad de ver a través, ver siguiendo el hilo que enlaza lo ilusorio con lo real.

Me vienen a la memoria las ideas de “epifanía”, tal como la concebía James Joyce o las “correspondencias” baudelerianas. Envés, epifanía, correspondencia... son formas de pensar que el mundo está lleno de entradas a una realidad más real, a un mundo que solo se explica desde lo que le trasciende.

Para ello, para “saber leer el anverso por los hilos del reverso”, como nos dice Cunqueiro, hay que ser lector de lo que nos rodea, al margen de la realidad interesada que los medios nos dibujan diariamente. Así, Cunqueiro, a la realidad interesada opone la realidad interesante, calibrada con otra vara de medir, no la del ajeteo de la actualidad, sino la del sosiego del que aspira a la sabiduría más que al conocimiento.

Periodismo atípico, periodismo contracorriente, pero que logra con su capacidad selectiva peculiar, con su invención constante, con su capacidad permanente de hilar las cosas, hacernos copartícipes de su mirada.

Lo que descubrió Cunqueiro es que el periodismo no son solo las noticias, sino que la base del periodismo es la comunicación, el abrir una línea entre él y los otros, una línea comunicativa de doble dirección. Lo que se desprende de los artículos del envés es una concepción dialogante del periodismo y, sobre todo, libre de condicionamientos. El periodismo del envés es la recuperación de la comunicación en el ágora, en el foro común de los intereses compartidos, el de las cosas pequeñas que rodean al hombre cuando el mundo se desborda, agiganta y acelera.

Celebro que este libro nos ayude a comprender todas estas cosas y muchas otras más de un escritor, periodista y mago como Álvaro Cunqueiro. Estamos necesitados de maestros así.

Joaquín M<sup>a</sup> AGUIRRE ROMERO  
Universidad Complutense de Madrid

**MORENO SARDÁ, Amparo**, 2008: *De qué hablamos cuando hablamos del hombre: treinta años de crítica y alternativas al pensamiento androcéntrico*. Barcelona, Icaria, 376 págs.

Se recogen en esta obra diversos estudios, artículos y ensayos realizados por la autora, catedrática de Historia de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona, en torno al arquetipo viril como concepto de lo humano creando así un universo mental y sistema de valores de carácter androcéntrico. La autora considera que el concepto *hombre* -que suele utilizarse de forma genérica para referirnos al modelo de lo humano objetivo- es excluyente y no puede generalizarse a todos los seres humanos, ni siquiera a todos los hombres sino que, gracias al modelo imaginario del arquetipo viril, solo hace referencia a un colectivo formado por varones adultos de determinadas clases y colectivos dominantes que se definen superiores a base de considerar como inferiores a otros hombres y mujeres.

Para apoyar sus reflexiones y críticas a esta cosmovisión androcéntrica, la profesora Moreno Sardá analiza en profundidad *La Política* de Aristóteles y la interpretación que hacen de las teorías aristotélicas diversas obras actuales de Historia del Pensamiento de amplio uso entre los estudiantes universitarios y de bachiller observando el sustrato mítico del arquetipo viril que subyace en estos manuales. A la misma conclusión llega la autora al efectuar un análisis de los modelos de comportamiento reproducidos en los medios de comunicación social.

Frente a esta situación, Amparo Moreno plantea la necesidad de formular un humanismo plural mediante la cooperación de hombres y mujeres de diferentes edades y condiciones sociales que, de forma interactiva e igualitaria, construyan una sociedad que supere la clásica división histórica androcéntrica. Se trata, por lo tanto, de un planteamiento militante que reivindica una nueva reflexión sobre los movimientos feministas advirtiendo del peligro existente en intentar sustituir la actual visión androcéntrica de la historia por una visión ginecocéntrica. La alternativa no consiste en sustituir un dominio o hegemonía por otra sino aunar los esfuerzos de hombres y mujeres, como seres humanos con plena libertad y capacidad de acción, para construir juntos un nuevo modelo de sociedad basado en la cooperación y el entendimiento mutuo.

La estructura de esta obra, fruto de una amplia recopilación de trabajos anteriores de la propia autora como su tesis doctoral, ponencias presentadas en Congresos, artículos publicados en diversas revistas, conferencias, etc. dificulta su lectura ya que hay constantes repeticiones, diverso tipo de vocabulario según se trate de un texto extraído de la tesis doctoral o de una conferencia a un colectivo feminista, mezcla de temas en apariencia diferentes como el análisis de *La Política* de Aristóteles por una parte y el análisis y el estudio del semanario de sucesos *El Caso* por otro. Como ejemplo de estas reiteraciones observamos cómo el mismo gráfico sobre la clasificación social de Aristóteles se repite en las páginas 87, 101 y 181. Lo mismo

ocurre con una cita aristotélica que se repite en las páginas 99, 181 y 211, y además modificando alguna palabra en cada cita. Otra cita de Aristóteles también se repite en las páginas 89, 96 y 172. Asimismo, respecto a los manuales de Historia del Pensamiento utilizados por la autora en el análisis comparativo son 17 en las páginas 21, 103 y 129, mientras que en las páginas 112 y 113 se convierten en 20 manuales.

De todas maneras, estos problemas de estructura editorial del libro no empañan en absoluto el meritorio valor de su contenido ni su importante aportación en el estudio del papel de las mujeres en la construcción de una nueva sociedad más justa e igualitaria.

Francisco ESTEVE RAMÍREZ  
Universidad Complutense de Madrid

**PARRATT, Sonia F.**, 2008: *Géneros periodísticos en prensa*. Quito, CIESPAL, 203 páginas.

Mucho se ha escrito y mucho se habrá de escribir todavía sobre un tema tan intrínsecamente unido a la redacción periodística como es el de los géneros. Tanto que muchas veces resulta difícil, por no decir imposible, aportar algo nuevo sobre el particular por mucho que evolucionen las técnicas, la tecnología o la forma de hacer periodismo en las distintas sociedades que se pretendan estudiar. Este libro, sin embargo, consigue, si no revolucionar el panorama del estudio de los géneros, sí por lo menos renovarlo, como pretende su autora, y actualizarlo en la medida en que recoge gran parte de las aportaciones relevantes sobre la materia realizadas prácticamente hasta el día de hoy. Y ello sin entrar a fondo en lo que más literatura científica ha generado en los últimos tiempos, los géneros en la red. Ni tampoco abarcando otros campos, como el audiovisual, donde parece que los progresos recientes hubieran podido ser mayores. El texto presente se ciñe exclusivamente, con alusión expresa ya desde el título, a los géneros periodísticos en prensa, lo que le dota de más mérito si de hablar de novedades se trata.

Para empezar, la autora ha conseguido algo que parece obvio pero que no siempre se ha tenido en cuenta a la hora de abordar el tema de los géneros en el periodismo escrito en español. Y es contar con una interesante bibliografía de autores del otro lado del Atlántico. Esta presencia viene sin duda auspiciada por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL) que edita el libro, pero, como en toda obra recopilatoria -y ésta no podía dejar de serlo, habida cuenta del tema que trata- había que, desbrozar, seleccionar, analizar, comparar, sintetizar...gran cantidad de autores, de distintos países, de distintas escuelas, de distintas épocas, y Sonia Parratt lo ha hecho de forma acertada. Con prudencia, con discreción, reconociendo que en este campo cualquier novedad “rompedora” debe pasar primero por la difícil criba del tiempo, que todo lo da, y que a cada cual, como siempre se dice, le suele poner en su sitio.

Fruto de esta presencia de autores hispanoamericanos -o latinoamericanos deberíamos decir pues también hay alguna interesante aportación brasileña- el lector español puede contar con una triple visión del escurridizo asunto de los géneros. Por un lado con la ya citada de América Latina y por otro con las clásicas de autores españoles y del mundo anglosajón o europeo. Así, junto a clásicos como Gomis, Martínez Albertos, Martín Vivaldi, Warren, Dovifat o Kayser, nos podemos encontrar con autores como el peruano Juan Gargurevich, el cubano Evelio Tellería, o la argentina Ana Atorresi, por mencionar sólo tres de los más citados. Esta novedad no sólo es interesante desde el punto de vista del idioma común, sino también desde el punto de vista del periodismo en general. En ocasiones, bien por cegarnos con nuestra propia tradición o bien por seguir sólo la dominante anglosajona, muchos de estos autores suramericanos han tenido una circulación escasa entre nosotros, lo mismo que

las editoriales de donde proceden, aunque no sea éste el caso, ciertamente, del CIESPAL, de amplia tradición cultural en comunicación tanto en América como en España. No olvidemos que, por ejemplo, y por citar sólo a uno de los maestros antes mencionados, el célebre *Diario francés* de Kayser fue editado en Ecuador diez años que en España. Y no se trata de una excepción pues podríamos enumerar un buen número de casos parecidos.

Pero vayamos al grano. El libro de esta profesora de la Complutense se divide en cuatro capítulos, perfectamente delimitados, donde trata, por este orden, los orígenes, las clasificaciones, y las tendencias de los géneros periodísticos. El cuarto está dedicado a una propuesta propia de clasificación. Cierra el volumen una amplia bibliografía, basada en esa triple visión antes citada y un apéndice con reproducciones actuales de una treintena de textos, cada uno de ellos correspondiente a una variedad distinta de género o de subgénero. Cabe decir que en cada una de estos capítulos se ofrece una explicación clara e interesante; exhaustiva, sin llegar a ser farragosa; resaltando las coincidencias entre autores pero sin repetirse; desechando algunas teorías pero sin hacer leña de absolutamente ningún concepto, ni siquiera de aquellos con los que está en claro desacuerdo. Todo ello con las notas y citas justas y necesarias. Suficientes, como debe ser en un trabajo al que antes definíamos como recopilatorio y que maneja una bibliografía amplia, pero utilizadas con sobriedad, con sentido de la oportunidad.

Es una pena, dicho sea de paso, que no esté presente Bajtín, ese ruso genial, original como pocos, autor de una teoría en la que consiguió englobar literatura, periodismo y otras manifestaciones aparentemente distantes de la comunicación humana. Pero su *Estética de la creación verbal*, su obra fundamental, de principios del siglo pasado, se tradujo tardíamente en Occidente –en las últimas décadas- y fue, por tanto, poco conocida tanto por la tradición española, como por la anglosajona/europea y la hispanoamericana. Precisamente, y hablábamos antes de Kayser, la primera edición en español de la obra de Bajtín, se llevó a cabo también en América, en concreto en México, en 1990.

La ausencia de Bajtín, sin embargo, no desmerece en nada el propósito del presente trabajo que es, como decíamos antes, exhaustivo hasta donde es razonable serlo. También, preciso en su labor selectiva. Basta con ver las innumerables e inteligentes citas de Manuel Graña, el primer teórico español; de Gomis, de quien se anota su bibliografía original en catalán; de Martínez Albertos en la Universidad de Navarra, donde por primera vez en Europa, en los años sesenta, se trató de una forma sistemática la teoría de los géneros periodísticos; de Luisa Santamaría y María Jesús Casals, pioneras en el estudio de los géneros de opinión... Y qué decir de las de Warren, cuya obra se rastrea hasta las primeras ediciones de los años treinta... Todas las citas, hasta la del encabezamiento del libro, tienen su justificación y su valor. En esta última Gomis reivindica la teoría de los géneros no sólo como modelo útil para el periodismo -para el periodista y para el lector- sino también como baremo académico,

como “un buen indicador del nivel científico que ha alcanzado una Facultad”.

Pero el libro no sólo cita con generosidad y selecciona con criterio, sino que además propone una clasificación propia de los géneros periodísticos que intenta ser, como decíamos, renovadora y aunar dos de las teorías que tienen más peso en el campo de los géneros periodísticos en prensa. Por un lado la más conocida y aceptada, la de Martínez Albertos, que divide en tres los campos en los que puede encuadrarse un texto: información, interpretación y opinión. Por otro, la de Grijelmo, que sitúa los géneros según haya en ellos más o menos implicación del autor. El resultado nos es familiar y queda muy clarificadoramente expuesto en un cuadro (p. 110). No parte de cero, desde luego, porque no lo pretendía, ni hubiera sido deseable. Más que una ruptura o un esquema totalmente original lo que nos ofrece Sonia Parratt es una síntesis con lo mejor de lo que ya había. A esta síntesis le ha ido añadiendo sutiles pinceladas que, sobre el fondo de las dos teorías mencionadas, adquieren la apariencia de rasgos innovadores. Como por ejemplo, hablar de interpretación u opinión “explícitas”, pues la implícita se da también en la información. Como colocar a la crónica como una categoría aparte de la información, el reportaje y los géneros de opinión. O como estudiar los “elementos complementarios” de un diario, es decir, todos aquellos que no son estrictamente periodísticos, en la línea de teorías recientes como la que propone Rafael Yanes, que ya en 2004 hablaba de “géneros anexos”. En definitiva, un esquema completo y armonioso, todo un acierto.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid

**RAMOS, Fernando, 2007:** *La comunicación bajo control. Usos, abusos, mitos, límites y riesgos de la libertad de expresión.* Vigo, Asociación de la Prensa de Vigo, 412 págs.

Veterano periodista y actual presidente de la Asociación de la Prensa de Vigo. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad de Vigo, Fernando Ramos tiene un extenso currículum difícil de resumir. Ha escrito un libro completo claro y contundente sobre la libertad de expresión y las dificultades que la rodean. Se apoya en su experiencia y también en una amplia bibliografía para desgranar en siete capítulos y 412 páginas las claves de lo que en el título nos promete. La preocupación del profesor Ramos por este tema viene de lejos. Ya en el año 1996 dio a la imprenta su primer libro sobre estas cuestiones. Se titulaba *La ética de los periodistas*, un texto que ahora ha *elevado a categoría*. Así pues, era inevitable que realizase un balance de su vida profesional de treinta años en el periodismo y, en la misma Introducción se lamenta de que algunas cosas han ido a peor: “Sin ir más lejos dos: el oficio y la sagrada separación entre la información y la publicidad. Aparte el uso del idioma, claro”. Y añade: “Los amos de la información son las empresas de comunicación y la publicidad, que ya lo invade todo, es la licencia para trabajar”.

En el capítulo 1, “La libertad de expresión: concepto y límites”, nos recuerda que “la libertad de expresión fue definida por los liberales españoles como *el verdadero vehículo de las luces*. Si bien nuestros constitucionalistas de Cádiz la entendían esencialmente como Libertad de Imprenta” Y claro, el liberalismo tradicional considera que el derecho a ejercerla es indispensable para la verdadera instrucción pública, entendiéndolo como la capacidad de imprimir y divulgar el propio pensamiento sin tener que sujetarse a licencias, permisos o cauciones, rentas o depósitos dinerarios.

Conviene señalar aquí que en el artículo 20 de la Constitución Española de 1978 se reconocen los derechos a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio y a comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión.

El capítulo 2 lo dedica a “Los dueños del mensaje, administradores de la libertad”, examina las características del sistema informativo español y habla de la aparición de un nuevo género televisivo: “el periodismo de provocación”, que se caracteriza porque el reportero debe convertirse en protagonista de la historia y el personaje buscado se verá en situaciones límite, absurdas o ridículas muy relacionado con el “periodismo basura”. Los deleznable espacios de televisión basura que denigran la fama de las personas, que, dicho sea de paso, el partido socialista prometió erradicar.

El capítulo 3 se titula: “El ejercicio del derecho a la libertad de expresión: el sujeto profesional”. Se pasa revista a “El derecho de autor. La propiedad intelectual”, un tema que relaciona con la enorme controversia que suscita la imposición del canon

digital en estos comienzos del año 2008. Muy significativo es el apartado a la propiedad intelectual del periodista o del publicitario.

En el capítulo 4 entra en “Los límites del derecho a la libertad de expresión y el “concepto de defensa del honor, la intimidad y la propia imagen” con ejemplos de sentencias condenatorias antiguas y muy actuales. El apartado dedicado a los delitos de injurias y calumnias (p. 172) deja muy clara la diferencia entre injuria y calumnia y luego se refiere a cuestiones como el secreto oficial, secreto sumarial, etc.

Llegamos ahora al capítulo 5 (p. 189-290), “Limitaciones a la libertad de expresión con respecto al rey y la familia real.” La figura del jefe del Estado español disfruta, por parte de la mayoría de los medios de comunicación de masas, de un tratamiento privilegiado con respecto a otras monarquías constitucionales de Europa, a partir de la propia inmunidad que le otorga la Constitución “por él proclamada –que no jurada–” y que se perfecciona por la inusual protección que suponen los artículos 490 y 491 del Código Penal, ya que sustraen al monarca de toda crítica aguda, resguardo que se hace extensivo a sus antepasados y sucesores.

A partir de aquí, Fernando Ramos establece una línea argumental crítica en su revisión histórica que pasa por episodios tales como la carta que Fernando VII escribe a Napoleón para felicitarlo por sus victorias en España (pp. 195-96); la hazaña del capitán Puig Moltó (pp.196-97) “, y medidas restrictiva en la práctica cotidiana como el cerco de silencio que pretende tenderse en torno a las cosas de Palacio, cuando no conviene a su estrategia, el cual se evidenció por la serie de cauciones que se pusieron en marcha para resguardar el noviazgo del príncipe de Asturias con la periodista divorciada Leticia Ortiz, cuya presentación en sociedad fue objeto de una minuciosa planificación previa que incluyó curiosamente una preocupación por los vestigios de los descartes, tomas falsas o recortes que pudieran andar por los medios donde había ejercido como profesional la futura consorte.

Este capítulo recoge también la actual discriminación que establece la Constitución sobre la sucesión al trono de la infanta Elena y sus hijos. Otro caso de discriminación constitucional lo explicita a través del cronista de sociedad Jaime Peñafiel. Con tono que no deja dudas, el 25 de marzo de 2007, en el Suplemento CRÓNICA nº 595 de “El Mundo”, escribe: “El inefable príncipe Henrik, esposo de la reina Margarita de Dinamarca, ha vuelto a dar la nota. Una vez más no está contento con su papel de consorte. Ahora quiere ser nada menos que rey. No tanto para reinar que por el tratamiento de Majestad [...] La falta de igualdad en el trato es lo más difícil de llevar. En estas condiciones, la relación de pareja queda desequilibrada a los ojos de la opinión pública. Es traumático”, ha confesado con tristeza, Henrik.

Otro aspecto a considerar es que el tratamiento que los medios tradicionales dispensan al rey contrasta con la aparición sucesiva de diversos libros, escritos asimismo por periodistas, de gran éxito editorial, donde -desde muy diversas posiciones y documentadas referencias- se narra con todo tipo de detalles aspectos de

la vida, las relaciones personales y las actuaciones no siempre adecuadas, de don Juan Carlos I, que la prensa ha ignorado o tratado muy levemente.

Salvo alguna que otra excepción, la Casa Real ha aceptado los chistes, viñetas, caricaturas e historietas que toman como protagonistas a sus miembros. Un llamativo caso de colisión entre la libertad de expresión y el derecho a la crítica de los personajes que perciben sus haberes del erario público lo constituyó “el luego matizado aviso de enojo de la Casa Real con el periodista Federico Jiménez Lozanitos por su forma de criticar la actitud o el silencio del rey ante el proceso de elaboración del nuevo Estatuto de Autonomía de Cataluña o determinadas visitas o encuentros de Felipe de Borbón y de su esposa con políticos del tripartito catalán” (p. 217)

Muy sonado fue el episodio del oso borracho, el rey cazador y la querrela que el fiscal jefe de la Audiencia Nacional, Javier Zaragoza, interpuso el día 4 de enero de 2007. La querrela va dirigida “contra quien se hace llamar” Nicola Lococo y que “dice ser filósofo” y están implicados los diarios *Gara y Deia*.

Llamativo y muy llamativo ha sido el secuestro de “El Jueves” por un “chiste convertido en noticia mundial. El periódico “El Mundo” tituló el 21 de julio de 2007 “Del Olmo eleva a noticia un chiste zafio contra la Corona”. Las reacciones no se hicieron esperar. En medio de la polémica se dejó sentir la siempre sensata voz del que fuera jefe de la Casa Real, Sabino Fernández Campos, quien manifestó que los secuestros de publicaciones como el aplicado al semanario gráfico “El jueves” “no parecen de esta época” [...] Fernández Campos señaló también que “muchacha gente no estaba enterada de lo que aparecía en “El jueves”, mientras que con esta medida la revista se agotó y se agotará también la próxima semana” (p. 212)

La fundación institucional FIES es “una fundación cultural privada, sin ánimo de lucro, que desde hace más de veinticinco años busca hacer presente en la sociedad la buena imagen del rey, el valor de la monarquía como elemento integrador e impulsor de la convivencia”. Para ello cuenta con una nómina de patrocinadores. Españoles. Dentro de este apartado se encuentra una de las más emblemáticas actividades de esta Fundación, el concurso infantil ¿Qué es un rey para ti? Con el patrocinio directo de AMENA. No se olvida Fernando Ramos de incluir un apartado dedicado a las amistades peligrosas del rey, los negocios reales y un largo apartado para analizar la necesidad de un Estatuto para el príncipe de Asturias; los conflictos entre el protocolo de la Casa Real y el protocolo del Estado, abonado con ejemplos como el del ex -rey Simeón y el caso de los Saboya.

No menos importante es el Capítulo 6. “El uso ético de la libertad de expresión”. Es decir, la Deontología informativa entre la ética y el derecho y los principios sagrados del periodismo. Los códigos deontológicos en España, la configuración del Código de la FAPE y la influencia de otros códigos. Como no podía obviarse, incluye en este capítulo el “caso de Lydia Lozano y Telecinco”, en el episodio de la desaparición de la hija de Al-Bano y Romina Power (pp. 320-330), así como anexos

complementarios a este capítulo en referencia al uso ético de la libertad de expresión.

El capítulo 7 lo dedica a la “Libertad de expresión y la comunicación comercial” sin olvidar el uso ético de la publicidad y, por último, los anexos (Prontuario Breve de Normas Jurídicas).

En resumen, se trata de un libro útil e interesante que no deja indiferente al lector.

María Celia FORNEAS FENÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

**SÁNCHEZ, Gabriel**, 2007: *Periodistas en la diana. Treinta años de amenaza terrorista a los medios de comunicación españoles*. Madrid, Asociación de la Prensa de Madrid, 236 págs.

Este libro surge de la tesis doctoral que Gabriel Sánchez Rodríguez defendió en el Departamento de Periodismo I de la Universidad Complutense de Madrid el 29 de octubre de 2004, tesis presentada bajo el título *La amenaza terrorista a los periodistas españoles*. El trabajo académico de investigación era bastante más extenso que la versión libro que ha editado ahora la Asociación de la Prensa de Madrid. Faltan, por ejemplo, un capítulo inicial que analiza el concepto psicosocial de la violencia terrorista, un tercer bloque con instrucciones sobre cómo informar ante noticias relacionadas con el terrorismo en los medios de comunicación, y está ausente también una parte sustancial de las conclusiones, donde el prof. Sánchez Rodríguez estudia el concepto de terrorismo desde el enfoque legal de las declaraciones formuladas en el marco de la Organización de las Naciones Unidas. Por el contrario, sí está recogida detalladamente toda la muy abundante documentación, correspondiente al bloque segundo de la tesis, que le permite rastrear históricamente el fenómeno del terrorismo en España, especialmente el terrorismo practicado por ETA. Al material documental expuesto en la tesis doctoral, el autor ha añadido una puesta al día con acontecimientos posteriores a la fecha de cierre (primeros años del siglo XXI) de su investigación universitaria. El epílogo, “Los últimos coletazos”, prolonga la actualidad del contenido del libro hasta finales del año 2006. Estas ausencias comparativas entre las versiones de la tesis y el libro -perfectamente justificadas por razón de comprensibles criterios editoriales- no empañan en absoluto el gran interés y oportunidad de *Periodistas en la diana. Treinta años de amenaza terrorista a los medios de comunicación españoles*.

Gabriel Sánchez, doctor en Ciencias de la Información, es un periodista radiofónico de dilatada trayectoria profesional en Radio Nacional de España (RNE), donde ha ejercido los cargos de editor de *Diario de la Tarde*, jefe del área de información nacional, subdirector de los servicios informativos y director de *Radio 5 Todo Noticias*. También dispone de una valiosa experiencia en periodismo escrito como redactor jefe en el diario *El Independiente*. Actualmente, ya jubilado de sus ocupaciones radiofónicas como periodista, desempeña tareas docentes como profesor de *Redacción Periodística* en la Universidad Francisco de Vitoria, de Madrid. Y también es profesor del Máster que Radio Nacional de España desarrolla en colaboración con la Universidad Complutense. Con anterioridad a este libro, es responsable de otros dos títulos de temática especializada en periodismo: *Claves para elaborar la información en radio y televisión* (2006), como autor, y *España en portada* (2007), como coautor. Estos rasgos de su biografía explican sobradamente la gran cantidad de fuentes personales utilizadas por el autor en su trabajo, fuentes que proceden de su experiencia y del conocimiento en primera persona de las

circunstancias profesionales, muchas veces dramáticas, en las que se ven obligados a trabajar diariamente buen número de compañeros de profesión.

Parte esta obra de la idea de que la sociedad española, en general -e incluso los propios periodistas en cuanto grupo profesional directamente afectado-, ignora en su verdadera dimensión la importancia de la amenaza que continuamente ha estado gravitando sobre los profesionales del periodismo durante más de treinta años. “Los periodistas españoles -dice G. Sánchez- en su gran mayoría hemos carecido de datos, porque los afectados, las víctimas del acoso, la amenaza, el señalamiento o la persecución han preferido guardar silencio antes que gritar. Primero porque no han querido ser protagonistas de la noticia, lo cual les honra, y después, porque la denuncia podría haber supuesto consecuencias mucho más trágicas”. Como respuesta a un desconocimiento tan extendido en todos los ámbitos sociales, el autor se propuso elaborar una crónica minuciosa, detallada y fidedigna de estos años de ignominia, años en los que muchos conciudadanos han estado viviendo en una angustia permanente, pendientes en todo tiempo de un hilo, simplemente por ser periodistas. Esta situación mantenida y prolongada a lo largo de años se convierte en “una desgracia, una auténtica tortura, sin justificación alguna, que, poco a poco, va minando y horadando la conciencia del periodista, hasta degradarlo personal y profesionalmente. La tensión y la incertidumbre insostenibles han llegado incluso a afectar a las personas que conviven alrededor de la víctima”.

La crónica de la amenaza terrorista contra los periodistas y contra los medios de comunicación arranca en agosto del año 1970, cuando una bomba destruyó parte de las instalaciones del diario *El Pensamiento Navarro*, órgano de expresión de la Comunión Tradicionalista. Y continúa unos años más tarde, 1976 y 1977, con el secuestro del director del semanario madrileño *Doblón*, José Antonio Martínez Soler y con dos artefactos explosivos en las puertas de *Diario 16* de Madrid. En ese mismo año, 1977, se produce la primera víctima mortal en Barcelona, como consecuencia de la explosión de una bomba de gran potencia en la entrada a la redacción del semanario satírico *El Paps*: el portero de la finca resultó muerto en el acto. Al año siguiente, octubre de 1978, hay que registrar el segundo muerto: en la sala de distribución del correo de *El País*, en Madrid, un paquete bomba produjo la muerte del conserje del periódico y otros dos empleados resultaron con heridas graves; el paquete iba dirigido contra un redactor jefe del diario. Ninguno de estos primeros atentados terroristas fueron atribuidos a ETA, sino que todos llevaron la firma de grupos de extrema derecha. El grupo terrorista etarra eligió a los medios de comunicación y a los periodistas como víctimas de sus objetivos poco tiempo después, pero también en la década de los 70: “Intentaron con sus acciones silenciar el mensaje, cortar de raíz la crítica y aniquilar la capacidad del ciudadano español para conocer y opinar. Ninguno lo ha conseguido. Pero las consecuencias de sus acciones han sido trágicas y las secuelas para sus víctimas, inolvidables”. Las primeras víctimas de las acciones y amenazas de ETA, unas con resultados mortales y otras con gravísimas heridas, tienen

nombres que se mantienen todavía vivos en la memoria colectiva de los periodistas españoles: Javier de Ybarra, José María Portell y José Javier Uranga. Fue amenazado de muerte y tuvo que abandonar el País Vasco, Jesús María Zuloaga, director entonces del diario *La Voz de España*, de San Sebastián. Y resultó herido por desconocidos, en un sospechoso atentado todavía no aclarado, Antonio Barrena, director de *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, de Bilbao.

Así, con gran minuciosidad y rigor documental, en la parte primera del libro -“La agresión”- Gabriel Sánchez va desgranando de modo progresivo todos los datos pertinentes para demostrar argumentalmente la hipótesis de trabajo que se formuló al comienzo de su investigación. A saber: que las organizaciones terroristas, en general, y ETA de modo especial, han tenido en su punto de mira, desde del comienzo mismo de la Transición, a los medios de comunicación españoles como uno de sus posibles objetivos estratégicos, no tanto para que silencien sus acciones, sino para que justifiquen, aplaudan o, simplemente, sean poco críticos con la actividad terrorista. ETA no quiere que se silencien sus acciones terroristas ni pretende que éstas no tengan un hueco en los medios de comunicación. Su pretensión va más allá: ETA atenta contra los medios de comunicación y contra las personas que mantienen una línea informativa o editorial crítica respecto a las acciones que el grupo terrorista lleva a cabo. Es decir, ETA atenta o puede atentar prácticamente contra todos los medios de comunicación que hay actualmente en España.

En la parte segunda -“La respuesta”- el autor pasa revista en dos capítulos sucesivos a las manifestaciones de solidaridad que las agresiones terroristas contra los medios han despertado en España y en el extranjero dentro de los ambientes periodísticos. Son especialmente interesantes y oportunos todavía en estos días, siete años después de su formulación, “el manifiesto de Bilbao” (14-09-2001) y la condena de la FIP (Federación Internacional de Periodistas) como respuesta de adhesión a una moción presentada por la FAPE (Federación de Asociaciones de Periodistas de España) en el Congreso celebrado en Seúl del 11 al 15 de junio de 2001. A estos dos documentos de rechazo, hay que añadir por su repercusión en España (pero no así en el resto de Europa) el manifiesto *Aunque* suscrito por una docena de intelectuales europeos e iberoamericanos y hecho público el 7 de mayo de 2003.

Creo que *Periodistas en la diana* es, sobre todo, un informe extraordinariamente valioso, hecho con todo el rigor del mejor periodismo periodístico y construido pieza a pieza con una documentación exhaustiva. La conclusión final que se deduce de este texto no es excesivamente optimista. Gabriel Sánchez reconoce que en los últimos tiempos no ha habido asesinatos selectivos de periodistas en nuestro país. Pero denuncia que sigue la oleada de amenazas telefónicas, pintadas en los buzones domiciliarios de los comunicadores, amedrentamiento de los familiares, etc., actuaciones que de manera global son valoradas como “terrorismo de baja intensidad”. El autor manifiesta en los últimos párrafos su desacuerdo ante un bastante habitual enfoque conformista sobre esta realidad actual: “Después de más de 25 años sufriendo

*Bibliografía (Críticas y reseñas)*

el acoso en distintos niveles y épocas, cualquier amenaza contra la prensa, sea quien sea el colectivo que la dirija, no es más que una nueva vuelta a la mordaza que, al final, si se aprieta demasiado, puede terminar ahogando”.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

**STEINBECK, John**, 2007: *Los vagabundos de la cosecha*. Barcelona, Libros del Asteroide, 86 págs.

En este pequeño libro, que recopila una serie de siete reportajes que Steinbeck publicó en 1936 en *The San Francisco News*, podemos encontrar el germen de su famosa novela *Las uvas de la ira*, premio Pulitzer 1940 y que a la postre le valdría para conseguir el Nobel en 1962. Todo en él nos transporta a Tom Joad, protagonista de la novela, y a su familia, un grupo humano marcado por la desgracia en medio de un viaje plagado de miserias hacia la tierra prometida de California durante la depresión norteamericana, en busca de un trabajo de recolección en un campo que les trataba como apestados en muchos casos.

Choca en primer lugar constatar que el espacio que más tarde ocuparían negros, hispanos, chinos, indios, etc.... lo ocuparan en esa época los propios blancos norteamericanos menos favorecidos. Como en el caso de la emigración española hacia Alemania y en general hacia Europa durante la posguerra, se olvida pronto que los países receptores de inmigración en su día también fueron exportadores de mano de obra barata, aunque en el caso de Estados Unidos estemos hablando más bien de un trasvase entre estados, no entre países. En cualquier caso, la tragedia es la misma pues los Joad y compañía no eran mejor recibidos en California de lo que lo podían ser los españoles en Suiza, pongamos por caso. Muy al contrario, la saña con la que se empleaban los patronos y sus secuaces en los vergeles de frutales y algodón californianos es más propia de un *western* o de una historia de ambiente esclavista que de un episodio ocurrido en pleno siglo XX en la primera democracia de la tierra.

El libro viene acompañado además de fotografías de Dorothea Lange, que, en la misma época en la que Steinbeck publicaba sus reportajes, fue contratada por el Gobierno federal para documentar la situación de los inmigrantes. Por mucho que recientemente se haya acusado a la fotógrafa de hacer posar a los campesinos en lo que se suponía que era un reportaje periodístico, las fotos sobrecogen e ilustran perfectamente lo que se narra tanto en los reportajes como en la novela. Muchas de estas imágenes son ya clásicos de la fotografía, como la que sirve de portada al libro en la que una joven madre sostiene a un bebé en brazos, mientras otros dos niños de pocos años, humildemente vestidos, están de pie a su lado frente a una chabola construida con cuatro tablas y cuatro placas metálicas. La dignidad y la miseria se dan la mano en esta escena. Y también la amenaza, en la mirada desconfiada de la madre, del hambre, de los viajes agotadores y de la falta de trabajo del marido que ahí no aparece pero al que se intuye merodeando sin éxito por las plantaciones de la zona.

Todo es trágico en la novela, como todo es trágico en los reportajes. Desde la salida de la cárcel de Tom Joad, con la que empieza *Las uvas de la ira* hasta el escalofriante final, que además aporta un grado de ternura, piedad y sorpresa en medio de la tragedia pocas veces igualado en la historia de la literatura. Los asesinatos de policías, las palizas de los matones, las huidas, las parejas rotas, las familias rotas, las embarazadas

que pierden a sus niños, los predicadores que se entregan para preservar de la cárcel a un convicto, las abuelas que mueren en la travesía del desierto y cuyo cadáver es ocultado por una madre durante una noche entera para que la familia no sufra, los prejuicios de clase, el odio al forastero... todo lo que nos podemos imaginar que puede ocurrir en la vida, ocurre en la novela y todo lo que ocurre en la novela tiene su germen, como decíamos, en los reportajes. En éstos, naturalmente, está todo más contenido, menos novelado; menos profundo, podríamos decir, menos pasado por el tamiz de una reflexión que en la novela llega en ocasiones a ser agobiante. Pero está ahí, de manera no fría, sino más bien desprovista de retórica, de descripción, de ambiente, de colorido. Es la realidad cruda, contada con una prosa también cruda, sin ningún tipo de alarde, no ya literario, sino ni siquiera periodístico.

En los años treinta del siglo pasado fueron cientos de miles los campesinos que se vieron obligados a tomar parte en el éxodo hacia California desde el medio oeste de Estados Unidos (Oklahoma, Kansas, Texas...). Se calcula que sólo entre 1935 y 1938 fueron 400.000 los que emprendieron esa huida. Eran campesinos en su mayor parte con tierras propias, que se vieron obligados a malvender debido a la sequía, las terribles tormentas de arena y a la presión de las grandes corporaciones que ya por entonces ejercían una especie de capitalismo agrario salvaje y cruel. Esos pequeños agricultores eran en muchos casos descendientes de los primeros colonos de esas tierras, con lo que su sensación de desarraigo se acrecentó en ese viaje a ninguna parte, hecho con lo puesto, literalmente, y en viejos *Fords* destartados, cargados hasta la bandera de utensilios de cocina, de colchones y de niños hambrientos.

*Vagabundos de la cosecha*, a pesar de distar mucho literariamente de *Las uvas de la ira* es un documento excepcional, y un gran alegato social, considerado por la Universidad de Nueva York como uno de los mejores reportajes del siglo. (En un ranking reciente lo colocó en el puesto 31 de una serie de 100). La presente edición, cuenta, además de con la serie fotográfica de Dorothea Lange, con un gran prólogo de Eduardo Jordá, donde establece los paralelismos entre las dos obras de Steinbeck y analiza las circunstancias que llevaron al escritor norteamericano a realizar sus dos obras. Entre ellas su escenario agrícola natal, Salinas, la precaria situación familiar de su familia y el círculo de amistades que frecuentaba, cercano en muchos casos al marxismo, incluida su primera mujer, Carol Hening, a quien le fueron dedicadas *Las uvas de la ira*.

Pero Steinbeck no quiso sólo hacer un relato de la desgracia, o una denuncia clamorosa de una situación social insostenible. Quiso ante todo levantar un monumento a las virtudes humanas de esas clases trabajadoras que se vieron envueltas en un viaje hacia la miseria. En su discurso del Nobel, en 1962, sus palabras parecen dirigirse a los Joad y los miles de compañeros de viaje que como ellos tuvieron que hacinarse en los campamentos insalubres que iban surgiendo en las carreteras que llevaban a California: "El escritor está obligado a celebrar la probada capacidad del ser humano para la grandeza de espíritu y la grandeza del corazón, para la dignidad en

la derrota, para el coraje, para la compasión y para el amor”.

El tono bíblico que tienen los reportajes, dice Jordá, se aprecia desde las primeras líneas del primero de ellos. Más allá del lenguaje, ese tono lo podemos encontrar desde luego en los conceptos de éxodo y de tierra prometida. Incluso desde el propio título. Los trabajadores del campo no son aquí campesinos, ni agricultores, son, lisa y llanamente, vagabundos:

En esta época del año, cuando llega el tiempo de la cosecha a los inmensos campos de California -las uvas hinchadas, las ciruelas, las manzanas, las lechugas y ese algodón que tan rápido madura-, nuestra carreteras se convierten en un hervidero de temporeros itinerantes, esa masa informe de braceros nómadas golpeados por la pobreza a los que el hambre y el miedo al hambre empujan de campo en campo, de cosecha en cosecha, de un extremo a otro de California, hasta Oregón y algunas regiones del Estado de Washington. Pero es California el estado que recibe y necesita a más de estos nuevos vagabundos. El propósito de esta serie de artículos es el de presentar un breve estudio de estos vagabundos” (p. 3).

Uno de esos vagabundos era Woody Guthrie, que en 1937 se subió con su guitarra al techo de un tren de mercancías y viajó hacia al oeste en compañía de un grupo de jornaleros. Cuando llegó a California, nos dice Jordá, encontró trabajo en un huerto de melocotones y empezó a componer Dust Bowl Ballads (Baladas del cuenco de polvo, en alusión a las tormentas de arena), que fueron grabadas en 1939, inspirándose en las experiencias de los emigrantes que vivían como él. Una de las canciones se llamaba ni más ni menos que “Tom Joad”, todo un homenaje a Steinbeck. Como el que desde aquí le dedicamos a este germen de uno de los pocos libros realmente clásicos de nuestra época.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid